

ma desigualdad: el rey poseyó una gran parte de la propiedad territorial: los magnates y los guerreros que mas se habían distinguido en el tiempo de la conquista, dividieron entre sí lo demás, y á la masa del pueblo solo se le dió lo que bastaba para que no muriese de hambre. Gran parte de esta masa se confundió con el pueblo vencido, porque la pobreza y el infortunio son naturalmente sociales; muchos tambien del pueblo vencido, ó por su mérito, ó por la veneracion debida al estado eclesiástico, ó por los servicios que hicieron después de la conquista, pasaron á la clase del pueblo vencedor. La nacion, ya fijada, constó de un rey electivo, de una nobleza rica y poderosa, pues era electora y propietaria, y se podia reunir fácilmente, y de un pueblo inerte, nulo (1), pobre, diseminado en un gran territorio, y por la mayor parte, cual era la de los antiguos habitantes, ligado á las heredas de los magnates. El gobierno era pues una monarquía aristocrática, semejante á la que en nuestros tiempos hemos visto fenecer en Polonia, después de una larguísima agonía. El gobierno de los visogodos hasta la invasion árabe, el de los merovingios hasta Carlos Martel, la Heptarquía sajona y el reino de Inglaterra hasta Enrique III, y el de los lombardos en Italia, eran monarquías aristocráticas y electivas, en las que el monarca no tenia mas poder que el de la ley, precario siempre en una nacion bárbara, ó el que le adquirian sus prendas personales.

Los que en nuestros dias han escrito que el gobierno de los visogodos era una verdadera monarquía mixta, en la cual tenia el pueblo voz y voto, han abusado notablemente de la paciencia de sus lectores, por no decir que han querido burlarse de la ignorancia que les atribuian. El pueblo no puede tener voz y voto sino de una de dos maneras: ó reunido, como en las democracias antiguas, ó representado, como en Inglaterra y Vizcaya. Y ¿de dónde sacan estos publicistas que la representacion era conocida en tiempo de los Leovigildos y Receswintos? Y ¿cómo han creído que era posible reunir junto á los muros de Toledo toda la nacion visogoda, diseminada entonces desde el Ródano hasta las faldas del Atlante?

Aunque el gobierno fuese aristocrático en todas estas naciones, sin embargo era uno y concentrado, excepto en los lombardos. Estrechados estos sobre las riberas del Pó, ya por los emperadores de Oriente, que conservaban las costas del Adriático; ya por los pueblos del Septentrion, que aunque empezaban á fijarse en Alemania, sin embargo preferian el clima suave de Italia; ya en fin por los francos, que dueños del Occidente, pugnaban por establecerse al otro lado de los Alpes, tomaron la costumbre de establecer beneficios militares, esto es, grandes territorios y gobiernos con título de ducados, en las fronteras de su reino, á favor de los guerreros mas sobresalientes, y en quienes tenian mas confianza (2), para que los guardasen con mas empeño contra tantos enemigos. Este ejemplo fué contagioso: siguiéronle los príncipes alemanes de aquella época: siguió principalmente Carlos Martel, ya para fundar la grandeza de su familia en la lealtad de los guerreros á quienes repartió beneficios, ya para destruir la morisma que le amenazaba, y que efectivamente llegó hasta las orillas del Loira. El sistema de los feudos pasó á Inglaterra, á Hungría, á Polonia, y los visogodos lo hubieran adoptado indudablemente, á no ser porque en aquella misma época acababa de ser destruida su monarquía por la invasion de los árabes en España. Carlo Magno, dueño de casi todo el continente occidental de Europa por la usurpacion de su padre y por sus conquistas, conservó el mismo sistema de beneficios militares, y á él debió entonces la España cristiana uno de los principados que mas se distinguieron en la reconquista, á saber: el condado de Barcelona. Desde poseer grandes feudos hasta hacerse independiente del soberano, ó á lo menos hasta no conservar mas dependencia que la de un homenaje, casi siempre ilusorio, no habia mas que un paso, y este paso se dió con suma facilidad bajo los débiles sucesores de Carlo Magno (3). Viose cada reino de Europa dividido y subdividido en un inmenso número de pequeñas soberanías, subordinadas unas á otras en la apariencia; pero que realmente no reconocian ni para obedecer ni para mandar otro principio que la fuerza y el atrevimiento. Los pueblos estaban esclavizados: los reyes sin poder: las guerras entre los barones grandes y pequeños eran continuas: la anarquía perpetua. En Inglaterra conservaron los reyes mas influencia, porque Guillermo el Conquistador la dividió en un gran número de baronías; y siendo cada una pequeña, ninguna baron pudo igualarse con el monarca ni en riquezas ni en autoridad. Pero el resto de Europa estaba sumergido en el mas lastimoso desorden. A este sistema de cosas, á esta perpetua descomposicion del poder soberano, á esta anarquía universal, á esta combinacion de un gran número de fuerzas débiles que obraban sin concierto ni régimen, dan los publicistas el nombre de gobierno feudal. Su siglo de oro fué desde el reinado de Ludovico Pio hasta el de San Luis: época muy difícil de estudiar, pero muy importante, porque en ella está contenida la suerte ulterior de las naciones modernas. En Inglaterra los barones se unieron con el pueblo para retener el poder que se les escapaba: en Francia los pueblos se unieron con el monarca para acabar con la tiranía de los señores (4): en Alemania los barones quedaron independientes, y formaron una confederacion cuyo jefe se llamó emperador. El primitivo caos del feudalismo, desenvolviéndose en cada nacion europea de un modo diverso, segun la diversidad de las circunstancias, produjo las

diferentes fases de los gobiernos monárquicos que halló establecidos en Europa la época por siempre memorable del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Nuestra España no siguió las vicisitudes que hemos descrito, porque cuando nació, creció y llegó á su juventud el feudalismo, casi eran nulos los gobiernos cristianos de la Península. El feudalismo necesita de una monarquía estensa y poderosa para descomponerla y subdividirla: pero ¿qué pábulo podrian dar á su accion deletérea las ásperas montañas de Asturias y Cantabria, los páramos de San Juan de la Peña, solares primitivos de la independencia española? Los pequeños reinos de Asturias y Navarra, el ducado de Cantabria y el condado de Aragon, ó habian de perecer prontamente por la superioridad del número y de la táctica sarracena, ó habian de tener jefes, no solo belicosos, magnánimos y activos, sino tambien poderosos por la concentracion de la autoridad en sus personas. Estas mezquinas y limitadas monarquías, electivas en su principio, aunque dentro de una familia, costumbre que tomaron de los francos abandonada la libre eleccion de los visogodos (1), reconocia á la verdad una aristocracia: mas esta era la de los servicios, la del consejo, la del heroísmo, y de ningun modo la de la deslealtad y usurpacion. El feudalismo, bajo la forma que tuvo entre los lombardos y los francos, no solo era desconocido entre los españoles, sino imposible. Para convencerse de esta verdad, es necesario observar con suma atencion la manera de engrandecerse de estas monarquías, y cómo de pequeños y al parecer despreciables principios, llegaron á aquel grado de alteza que colocó á España en el siglo XV al frente de las naciones europeas.

Sea cual fuere el origen de la monarquía asturiana, no admite duda que los dos Alfonsos, el Católico y el Casto, extendieron sus talas y correrías en el territorio ocupado por los sarracenos hasta las orillas del Duero: mas no se crea que sus estados tuvieron por limite este rio. Habia siempre entre la frontera de los moros y la de los cristianos un grande espacio de país talado y sin poblacion, que llamaban Estremadura, tomando el nombre del primero que hubo de esta especie hacia el Duero ó Duro, *Estrema Durii*. Mientras los cristianos no poblaban y fortificaban este espacio, se contentaban con hacer talas é incursiones en el territorio de los moros, de donde volvia, ricos con el botin, á encerrarse en los castillos de su frontera. Así vemos que D. Alfonso el Casto, después de grandes victorias, se encastilla en las montañas de Asturias, y fija la corte en Oviedo, de donde no pasó á Leon, hasta que estuvieron suficientemente pobladas las orillas del Duero y las del Pisuerga. Vemos que durante dos siglos no se pensó en conquistas al sur de Duero inferior, hasta que cubierto el flanco oriental del reino de Leon con el condado de Castilla, presentó la España cristiana desde Oporto hasta la sierra de Jaca un frente respetable y una linea continua de puestos fortificados (2). Vemos que Lisboa fué conquistada y perdida muchas veces: que Fernando I, rey de Castilla, hizo conquistas que no conservó, en las orillas del Guadiana y en la parte occidental de Sierra-Morena: que el emperador Alonso VII penetró hasta Almería, grande entonces y opulenta ciudad, la tomó, la saqueó, y se volvió con su ejército cargado de despojos á las riberas del Tajo, que eran en aquel tiempo la Estremadura de la monarquía: vemos en fin, que su nieto Alfonso el Noble, después de la victoria decisiva de las Navas, no emprendió conquistas en Andalucía, y se contentó con fijar las fronteras de su imperio en las vertientes meridionales de los montes Marianos. El autor del *Ensayo sobre el espíritu, costumbres é historia de los pueblos modernos de Europa*, llama victoria inútil á la de las Navas, porque de ella no resultó conquista alguna. Me parece que puedo asegurar que se engaña, y que su engaño nace de no haber estudiado cuidadosamente nuestra historia. Fruto de la victoria de las Navas fué cerrar á los moros el paso de la Mancha y del territorio de Cuenca, donde penetraban antes fácilmente, que se creó el orden militar de Calatrava para contenerlos; y algunas veces penetraban con tanta felicidad, que el mismo Alonso el de las Navas fué algunos años antes completamente derrotado en Alarcos; y en los años que mediaron entre ambas batallas, los ejércitos sarracenos pasaban impunemente el Tajo, talaban los campos de la actual provincia de Madrid, y saqueaban sus villas y fortalezas. Fruto de la victoria de las Navas fué la poblacion pacífica y próspera de todo el país comprendido entre el Tajo y Sierra-Morena, que habia sido devastado por espacio de siglo y medio desde la conquista de Toledo. En fin, fruto de aquella victoria fueron las estensas adquisiciones de Fernando el Santo y de Jaime el Conquistador en Andalucía y Valencia, adquisiciones que no hubieran podido hacerse, si la Mancha hubiera sido un desierto, y si el rey de Aragon no hubiera tenido cubierto su flanco occidental, cuando atacó los países del Guadalquivir y del Júcar.

Los cristianos pues reconquistaron la España del mismo modo que muchos siglos antes la habian conquistado los romanos, á saber: esterminando la poblacion enemiga y fundando colonias en los pueblos que se sometian ó construian de nuevo. Eran guerreros y colonos: con una mano guiaban la yunta y con otra aseguraban la empuñadura de la espada, dispuestos siempre contra cualquier ataque imprevisto de los moros. En convenciéndose bien de esta verdad, quedan explicadas muchas dificultades que tropezamos en nuestras antiguas crónicas, y que han hecho caer en errores considerables, no solo á los extranjeros, como el célebre escritor que citamos arriba, sino tambien á muchos nacionales, que poseedores de una vasta erudicion, no supieron decirlo por no haber examinado con ojos filósofos la situacion política, que acaso no tiene otra semejante en los anales del género humano, en que se hallaron aquellos hombres extraordinarios que nos crearon esta patria. Siendo poco numerosos debieron primero defenderse al abrigo de las ásperas montañas de septentrion: segun-

(1) Los francos de la segunda dinastia establecieron por ley esta manera de eleccion. *Historiens de France par les peres Benedictins*, tomo V, al principio.

(2) El arzobispo D. Rodrigo y otros historiadores, dicen que el conde de Castilla Garci Fernandez, pobló en 1004 la ciudad de Avila, y que al año siguiente fué demolida por los moros. Ferreras tiene por inverosímil que el conde emprendiese una poblacion tan distante, teniendo á la vista las plazas de Osma, San Esteban de Gormaz y otras poseidas por los moros. *Historia de España*, tomo V, siglo XI. Mas aunque la conjetura de Ferreras no sea cierta, el éxito que tuvo aquella poblacion prueba lo arriesgado del proyecto, y por consiguiente que no se repetiría muchas veces.

do renunciar á hacer conquistas hasta que su poblacion fuese capaz de contrarestar los ejércitos sarracenos que se les oponian: tercero en fin, después de una gran victoria debieron dedicarse á reedificar los pueblos destruidos por la guerra, á sembrar campos talados por muchos años, á aumentar la poblacion y los medios de subsistencia, sin pensar en conquistas posteriores, hasta que estuviesen bien pobladas y fortificadas las antiguas.

Ahora bien: después de esta sencilla esposicion, conforme no solo á la verdad histórica, sino tambien á la naturaleza de la reconquista, ¿habrá quien crea que el fiero aragonés, el aguerrido cántabro y el activo castellano, armados siempre para defensa comun, pudieron considerarse como esclavos del terruño, pudieron someterse á los ignominiosos servicios que en otros países exigian los barones de sus vasallos? Cuando la guerra eterna que se hacia contra los árabes, era á un mismo tiempo nacional y religiosa; cuando toda la fuerza de los cristianos estaba en la disposicion moral de sus almas, ¿se les iria á quitar la independencia de sus robustos brazos, de que tanto necesitaban los mismos señores? ¿Es creible que se les obligase, con la espada ceñida al lado (1), á tirar piedrezuelas á las ranas del estanque para que no perturbasen el sueño de su rica fembra? ¿Hubieran consentido que mientras ellos peleaban con los sarracenos, ejerciesen sobre sus hijas los inmundos derechos, que no tienen nombre en nuestro pundonoroso idioma, porque sus viles ideas no pudieron jamás entrar en una cabeza española? El ejemplo de Peribañez, tan célebre entre nuestros poetas dramáticos, la accion de un villano que da la muerte á su señor porque atentaba á la honestedad de su muger, prueba con bastante claridad que esta palabra *señor* no tenia entonces en España la misma significacion que en otros países de Europa.

Por otra parte ¿quién podrá creer que nuestros reyes concluyeron tantas y tan grandes empresas en medio de los mas crueles peligros y de las mayores dificultades, si la insubordinacion é independencia legal de los barones, si las guerras continuas de estos los hubiesen privado de los medios de defensa y de ataque? El riesgo era siempre urgente, siempre grande: era necesario pues que los reyes ejerciesen siempre una autoridad fuerte, si habia de ser saludable: es decir, era necesario que residiese siempre en sus manos toda la fuerza de la soberanía. Así es que desde el primer levantamiento de los asturianos contra los árabes hasta el momento actual, la España no ha reconocido mas jefes ni mas legisladores que sus reyes: y las leyes pedidas por las cortes en recompensa de los donativos que ofrecian, no emanaban sino del trono, centro y depósito de todos los poderes públicos.

Solo hay tres ejemplos en la historia de España de señoríos verdaderamente independientes del poder real: el primero fué el de los condes de Castilla; el segundo el del condado, después reino independiente, de Portugal: el tercero el de la ciudad de Albarracin. Examinemos con atencion el origen y progresos de estos señoríos, y no encontraremos en ellos vestigio alguno del feudalismo europeo.

Los reyes de Leon, en lugar de estender sus fronteras hacia el mediodía, donde sus progresos no podian ser rápidos ni seguros, prefirieron dirigirse hacia el oriente para afirmarse en la frontera de Navarra y dominar todo el curso del Duero, creyendo con razon que no podrian afirmar su poder mientras tuviesen desguarnecido su pequeño reino por el lado de los montes de Oca y la cordillera del Idubeda. Dieron pues el gobierno de aquellos países á guerreros atrevidos y animosos, para que incomodasen á los moros, poblasen los territorios que se les quitaban, construyesen fortalezas y echasen á los enemigos al otro lado del Duero. Eran, por tanto, gobernadores de aquellos distritos, y tenian la misma autoridad que fué conocida en los siglos posteriores con el título de adelantado; mas entonces se les dió el de condes (2), comun en aquella edad á los gobernadores de las provincias, y derivado de la palabra latina *comes*. Pero aunque concedamos que fueron verdaderos feudos y señoríos, es fácil observar la inmensa diferencia que hubo y debió haber entre estos y los que fueron creados por los débiles sucesores de Carlo Magno. Los feudos franceses fueron provincias interiores, fuertes, estensas y opulentas: los señoríos castellanos eran países talados que habia necesidad de defender y poblar: por tanto, ni los primitivos condes de Castilla pudieron tener bastantes fuerzas para oponerse á la autoridad de los reyes, ni podian dejar de tratar con suma dulzura á sus súbditos, de cuyos brazos y espadas necesitaban continuamente.

Pero se me dirá: «los condes de Castilla se hicieron por último independientes del reino de Leon.» Pocas cuestiones hay mas difíciles en la historia de España que el origen verdadero de la independencia castellana (3). Mas los siguientes hechos son innegables: primero, que Ordoño II, rey de Leon, hizo asesinar en su misma corte á tres condes gobernadores ó adelantados de Castilla; segundo, que su hermano y sucesor Fruela II, se hizo odioso por su crueldad; tercero, que en el largo y brillante reinado de Ramiro II se conocen todavia diferentes condes en Castilla, entre ellos el célebre Fernan Gonzalez, que aunque rendian vasallaje al rey de Leon, no le eran tan sumisos y obedientes como á sus antepasados; cuarto, que en el reinado de Sancho I no se habla de otro conde en Castilla mas que de Fernan Gonzalez, el cual en fin se presenta en la historia como un soberano independiente. Todos los sucesos de aquella época prueban que desde la muerte injusta de los tres condes, los castellanos miraron con horror la dominacion de los leoneses, y aumentándose su aversion con las crueldades de Fruela, determinaron sacudir el yugo apenas se les presentase la ocasion favorable, y que esta la con-

(1) Nuestros plebeyos podian usar armas, y las usaban efectivamente: no así en Francia, donde solo se permitia á los villanos el uso del palo. Beaumanoir *Costume de Beauvoisi*, cap. LXI. Nuestros peones de Castilla y almagávaros de Aragon no hubieran arrojado los árabes al Africa, sino hubieran tenido mas armas que la adarga y el palo.

(2) Ferreras supone sinóimos los nombres de conde y gobernador: atribuye su origen á D. Alonso el Casto, y cita aquellos de que hay memoria, no solo de Castilla, sino de Galicia y Leon. Véanse los siglos VIII, IX y X, notablemente, paginas 121 y 264.

(3) Ferreras, en el siglo X de su *Historia de España*, año 924, impugna el nombramiento de los jueres de Castilla (aunque confiesa que la noticia de este hecho era anterior en España á los tiempos del arzobispo D. Rodrigo), fundándose en el silencio de Sampiro y en observaciones cronológicas. Mas no por eso da una explicacion satisfactoria del origen de la independencia castellana.

(1) Carlo Magno hizo que el pueblo concurriese á los campos de mayo por medio de sus diputados; costumbre abolida durante la dinastia de los Merovingios. *Mably, observations sur l'histoire de France*.

(2) Marculfo, fórmulas 8 y 14 del lib. I. De ellas consta que los duques, patricios y condes, al adquirir estos títulos, adquirian la jurisdiccion civil, la administracion de las rentas, y á veces las rentas mismas en calidad de beneficio perpetuo. Hubo casos en que se podia disponer de estos beneficios á favor de los herederos.

(3) Después de la batalla de Fontenay, en que los tres hijos de Ludovico Pio se disputaron el poder á costa de 100,000 hombres, los nobles obligaron á los tres rivales á firmar un tratado de paz que consolidó el feudalismo y destruyó la monarquía. Véanse los *Capitulares de Baluzi*, tomo II, *Contentus apud Maarsnam*.

(4) Véase el cuadro excelente, aunque reducido, del reinado de San Luis, hecho por Condillac en el libro V, cap. III de su *Historia moderna*. Allí se advertirá cómo aquel gran rey extendió la jurisdiccion real á todas las provincias de la monarquía, imponiendo freno á la prepotencia de los señores, y abriendo el asilo del derecho comun á los vasallos oprimidos.

iguieron cuando los gobernó un héroe tan valiente y político como pintan á Fernan Gonzalez los mismos historiadores de Leon. Se ve pues que aunque desechemos el nombramiento de los dos jueces de Castilla, cuyo título semeja á la magistratura de un pueblo que se emancipa, mas bien que á la autoridad de un vasallo poderoso que se levanta contra su soberano, siempre resulta del contesto mismo de la historia, que la independencia castellana resultó del movimiento espontáneo del pueblo, que amaba á sus señores inmediatos, y que quiso sustraerse al poder que les habia quitado la vida: tal era la justicia con que gobernaban. Esto se hace tanto mas creible, cuanto no fué este el único ejemplo que el pueblo castellano dió de su fidelidad á sus señores. Cuando el rey de Navarra prendió al conde Fernan Gonzalez, las huestes castellanas marcharon á las fronteras de aquel reino, juramentados todos los soldados

«Somo la cruz del pendon, de non volver á Castiella sin el conde, su señor.»

como dicen los versos de la cántiga antigua (1), monumento histórico no despreciable de aquella edad agreste. El condado de Castilla, convertido en reino, se unió con el de Leon en la persona de Fernando I, lo que prueba igualmente la grandeza y soberanía independiente de que gozaba aquel condado. Hablemos ya del de Portugal.

Alonso VI, después de conquistada Toledo, para premiar las hazañas de Enrique de Lorena, que le habia servido en su persona y vasallos en la guerra contra los moros, le casó con Teresa, su hija natural, y le dió en feudo el condado de Portugal (2), que comprendia entonces desde Limia hasta el Mondego, con todo lo que conquistase de los sarracenos. Este feudo, si lo fué, tuvo con respecto á la corona de Castilla, el mismo éxito que los grandes señoríos de Francia y Alemania, que fué la emancipacion y la independencia; mas no produjo el mismo efecto con respecto á los vasallos, los cuales proclamando rey al gran D. Alonso Enriquez, estipularon después fueros y privilegios en la celebre reunion conocida con el nombre de cortes de Lamego. Los reyes de Castilla y Leon es armentaron en este ejemplo, y no volvieron á ceder provincias, conquistadas ni por conquista.

El señorío de Albarracin no fué un feudo, sino una verdadera soberanía, regalada al caballero navarro D. Pedro Ruiz de Azagres, por Abensop, rey moro de Valencia, en premio de los servicios que le hizo en la guerra contra los almohades de Andalucía. D. Pedro pobló aquella ciudad, aumentó con obras la fortaleza natural de su sitio, y encastillándose en ella supo sostenerse contra tres reyes poderosos en cuyas fronteras estaba. Mas después de su muerte cayó aquel pequeño estado en poder de los reyes de Aragon. Y esto es lo que hay de señoríos en toda la historia de España.

En cuanto á los pequeños que los reyes concedian en premios de servicios ó en prendas de su cariño particular, jamás fueron considerables. Esceptuando los dos ejemplos de Castilla y Portugal, que ya hemos citado, no digo provincia, pero ni aun memoria hay de alguna ciudad de consideracion que fuese dada en señorío; y la razon es evidente: como para conquistar de los moros una plaza notable por su estension ó su fortaleza eran necesarias todas las fuerzas de la monarquia, el rey, después de conquistarla, se guardaba bien de cederla á ningún señor: hacia la realenga, esto es, del derecho comun de España, y le daba el privilegio de voto en cortes, antiquísimo en nuestra monarquia, y cuyo origen se pierde en los mismos principios de ella; pues á Cuenca, conquistada en el siglo XII, se le concedió este fuero (3), y es preciso que ya le tuviesen otras capitales españolas: por lo menos es indudable de Toledo y Burgos. Obsérvese de paso que este fuero es muy anterior al establecimiento de los comunes en Inglaterra; y que ya desde el siglo X se encuentran en nuestras historias vestigios de las corporaciones municipales en Avila, Segovia y otras ciudades, cuando el resto de Europa yacia sometido al régimen feudal, que estaba entonces en su siglo de oro.

Además, los señoríos concedidos por nuestros reyes no eran hereditarios sino con su beneplácito, y acababan á la muerte del monarca y á la del agraciado. Un insigne ejemplo de esto tenemos en la determinacion que tomaron los ricos hombres de Castilla á la muerte de D. Sancho el Deseado, de que los castillos y lugares dados por el rey quedasen en poder de los señores á cuyo cargo estaban, hasta tanto que el rey (D. Alonso VIII) fuese de quince años cumplidos (4). Y aun después de las célebres mercedes de Enrique II, consta de las Cartas del bachiller Cibdat-Real (5), que el rey Juan II, para manifestar su afecto á ciertas personas de su corte que habian fallecido, confirmó á los hijos en el señorío de los lugares que habia dado á los padres. Es verdad que estos señoríos se hicieron hereditarios y vinculados en los siglos XV y XVI; pero entonces la grandeza de España no podia ser temible á los reyes. Estos eran ya muy poderosos: la autoridad real tenia firmísimas raíces, y la opulencia de los señores solo se empleaba en aumentar el esplendor de la corte.

La jurisdiccion de vida ó muerte, ó de horca y cuchillo como vulgarmente se dice, no fué en España indicio de la soberanía, sino una magistratura delegada, la cual, si llegó á hacerse hereditaria, fué precisamente en la época en que ya no era temible, tanto por las grandes adquisiciones que habia hecho el poder real, como por la abolicion de la anarquía feud-

(1) Esta cántiga se ha conservado en la comedia de los tres ingenios: La mas hidalga hermosa. Es del siglo XV ó XVI; pero las de esta época no hacian mas que corregir la rudeza del lenguaje de las que el pueblo cantaba antiguamente.

(2) Los escritores portugueses aseguran que á Enrique se dió el condado de Portugal sin reconocimiento alguno Ferreras, siglo XI, año 1095. Mariana dice espresamente que se le dió en dote aquel condado. Si esto es así, como parece confirmarse por no haber habido guerra sobre el reconocimiento entre Castilla y Portugal, no debe contarse este condado entre los señoríos feudales.

(3) Mariana, lib. XI, cap. XIV. A los ciudadanos fué concedido tuviesen voto en las cortes del reino.

(4) Así lo habia dispuesto en su testamento el rey D. Sancho. Esta medida se halla criticada en todos nuestros historiadores. Mariana, lib. XI, cap. VII. Ferreras, año 1158. Tan contrario es el espíritu de feudalismo al de nuestra nación.

(5) Carta 87. E al rey le plugo (la muerte del adelantado de Castilla) que á sus hijos les dió todo, lo que su padre habia. Carta 70. Todo lo cual (Garcí Fernandez Manrique) habia el rey, se lo pasó súbito á D. Juan su hijo. Véanse en confirmacion del testo las cartas 54 y 105.

dal en los otros reinos de Europa. Por consiguiente nunca tuvieron nuestros señoríos los dos caracteres que han distinguido al feudalismo, la esclavitud del pueblo y el envilecimiento de la autoridad real, porque los feudos de España ni han sido considerables ni hereditarios; y cuando adquirieron esta última calidad, ya su fuerza era nula comparada con la del cetro, y por consiguiente ya no podian afectar una independencia peligrosa para la tranquilidad pública.

No me parece probable que haya quien oponga á mis reflexiones el desprecio que los grandes de Aragon hicieron de su rey Ramiro el Monje, ó la suntuosa cena con que los ricos hombres de Castilla se banquetearon la misma noche que Enrique el Doliente tuvo mucha dificultad en encontrar que cenar él y su muger: ni yo hablaría de las dos célebres patrañas de la ampaña de Velilla ni del gaban de D. Enrique, si no tuviese en sí mismas la defensa de mi opinion: porque las fábulas históricas traen por lo menos la utilidad de dar á conocer el espíritu de los pueblos; y los dos cuentos citados manifiestan, que la nacion donde se inventaron y creyeron, ignoraba absolutamente el carácter del feudalismo. Seguramente ni Felipe Augusto ni Felipe el Hermoso, que dieron pasos agigantados para la ruina del edificio feudal, se hubieran atrevido á colocar sobre una campana las cabezas de los duques de Bretaña y Borgoña, ó las de los condes de Guiena, Tolosa, Flandes y Provenza; ni tampoco á encerrar estos grandes barones en su palacio y á hacerles que entregasen sus rentas y fortalezas, amenazándoles con el verdugo. Ni cómo se atreverian á hacerlo, cuando Luis XI, que dos siglos después de S. Luis dió el golpe mortal á los señoríos feudales, se vió prisionero en poder de aquellos mismos cuya ruina proyectó y consiguió? ¿cuando el feudo de Bretaña fué durante dos reinados una monarquia independiente? El país donde se fingieron los dos actos mencionados de justicia arbitraria, no era seguramente un país sometido al régimen feudal.

Tampoco prueban nada contra mi opinion los disturbios que los poderosos de Castilla causaban bajo reyes menores ó débiles; porque no prueban la existencia del feudalismo legal, sino los deseos de establecerlo. El mal éxito que constantemente tuvieron las pretensiones de los ricos hombres, prueba que la autoridad real fué siempre en España, no solo el poder dominante, sino tambien el único. Ya hemos dicho que los vasallos eran mas bien compañeros de armas que súbditos, tanto del rey como de los señores, en los peligros diarios de una guerra perpetua. Cuando se ganaba una ciudad considerable, esta era del rey, cuyas fuerzas enteras eran necesarias para la conquista; y el rey concedia entonces una carta puebla con fueros y privilegios muy extensos, para premiar en los que viniesen á la poblacion los peligros á que se esponian habitando en la frontera de los moros. Lo mismo hicieron los señores en las pequeñas villas que conquistaban: lo mismo las órdenes militares (1); de modo que aun en los pueblos de señorío era imposible la esclavitud del estado llano, pues estaba protegido por el fuero de la carta puebla, y además era necesario para la guerra. Los concejos de las ciudades y villas considerables tenian sus mesnadas propias, é iban capitaneadas por sus jefes municipales. A la verdad, el estado llano peleaba en la infantería; pero esta infantería era la primera de Europa; y cuando al renacer las luces en el siglo XV, la perfeccion del arte militar restituyó á esta arma la primacia que debe tener en los ejércitos, los tercios españoles, compuestos de los peones de Castilla y de los almogávares de Aragon, fueron durante dos siglos y medio el terror de las naciones europeas (2).

En fin, para hacer ver la diversidad de nuestros señoríos en uno de los caracteres mas notables del feudalismo universal, ¿qué vestigios encontramos en nuestra historia de la division y subdivision progresiva de la soberanía (3)? A la verdad tenemos señoríos dados por los reyes, mas no hallamos señoríos dados por los señores, sino cuando mas, tenencia ó alcaldía de castillos y fortalezas, las cuales son empleos ó comisiones, no feudos.

La única imagen, débil y pasajera, que notamos en la historia de España, de unas soberanías subordinadas á otras,

(1) Calatrava fué conquistada de los moros y entregada á los templarios para que la defendiesen. Era fortaleza fronteriza en el reinado de Sancho el Deseado; y teniendo aquellos religiosos militares el gran número de musulmanes que venian á atacar la plaza, la devolvieron al rey, y ningún caballero ó rico hombre se atrevió á encargarse de su defensa. Lo que no osaban los guerreros, emprendieron y lograron dos monjes del Cister del monasterio de Fitero del Pisuerga. Estos defendieron y poblaron la plaza, y dieron glorioso origen al orden militar de Calatrava. «El azobispo de Toledo persuadió desde el púlpito, así á los nobles como á los del pueblo, que debajo de la conducta del abad se ofrecieron al peligro y á la defensa: y el abad de su monasterio, do era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas á quien repartió los campos y pueblos cercanos á Calatrava.» Mariana, lib. II, cap. VI. Este hecho da una fiel idea de lo que sucedia en España siempre que se queria poblar una fortaleza importante y fronteriza, y así se puede decir que se ha poblado toda España, pues no hay parte ninguna de ella que no haya sido frontera en alguna época. Los que venian á la defensa de la religion y de la patria, estimulados por las exhortaciones de los ministros de altar, y los que venian incitados por el interés de los repartimientos de tierras y casas, no esperaban seguramente que se les hiciese, al llegar, esclavos del terreno.

(2) Citaremos un testigo de mayor escepcion. Este es Enrique IV el Grande, que viendo retirarse al ejército español, adelantando en vano para socorrer á Amiens, exclamó, que «no habia en el mundo soldados que supiesen hacer otro tanto, y que si él pudiera añadir á sus caballos semejanza infantería, no dudara publicar guerra á todas las naciones del orbe». En efecto, la Francia tenia entonces una infantería débil, de que Enrique se habia poco; y durante las guerras de religion, el nervio de la infantería de ambos partidos consistia, ó en regimientos suizos, ó en tercios alemanes, organizados á la española. Historia de las guerras civiles de Francia, por Enrique Dávila, traducida al castellano por el P. Basilio Varen, lib. XV.

(3) El duque de Guiena, provincia de grande estension, era vasallo del rey de Francia. El principe de Bearne, provincia menor, no despreciable, era vasallo del duque de Guiena. El señor de Mauleon, país mas pequeño, lo era del principe de Bearne; y el de Mauleon ó Sule tenia bajo su homenaje á los barones de Pardats, Loharte y otros, señor cada uno de una villa y algunas aldeas. Véase la Continuacion de las guerras civiles de Francia de Dávila, por su traductor el P. Varen, libro XVIII.

En los tribunales de los señores, cuando estos no tenian número de jueces, los pedian al soberano inmediato, este al superior en igual caso, y así de grado en grado hasta llegar al mismo rey. Véase á Desfontaines, Reglamento de Saint Louis, cap. XXII, artículo 14.

es el poder que afectaron y algunas veces ejercieron Alonso VI y Alonso VII sobre los demás monarcas de España, así cristianos como árabes, haciéndose reconocer por monarcas supremos de la Peninsula, y exigiendo tributos de los que no tenian fuerzas bastantes para resistirles. Estas pretensiones ocasionaron algunas guerras de poco momento entre los principes cristianos, y cesaron con la division de los reinos de Castilla á la muerte de Alonso VII; y ni Fernando el Santo que los volvió á reunir, ni sus sucesores, volvieron á hacer valer la supremacia de la corona de Castilla sobre las de Navarra, Aragon y Portugal, aunque siempre conservaron el derecho de exigir homenaje de los reyes moros de Granada, hasta la conquista de esta última provincia mahometana.

(Continuará.)

Nuevo método de construir el cartabon ó escuadra de agrimensor.

El instrumento mas usual é indispensable para la pronta y exacta medida y division de los terrenos, es el cartabon. Desde tiempo inmemorial se ha construido generalmente de madera dura, poco porosa, sin nudos, y bien seca ó de muchos años de cortada; mas á pesar de dichas condiciones y vencida la dificultad de hacer los cortes de sierra exactamente perpendiculares, requisito indispensable, pues en él consiste su bondad, hay la contra de las dilataciones y contracciones que sufren todos los cuerpos, y la madera en particular, con la variedad de temperaturas, lo que altera la precision del instrumento, tanto mas, cuanto que en virtud de la diferencia de fibras (pues estas son por unas partes mas duras que por otras), dichas variaciones no se verifican por igual en todo el sólido, y si por unos puntos mas que por otros: además, los dichos cortes ó hendiduras, por fina que sea la sierra con que se hagan, suelen ser mas gruesos de lo que bieran, y no salir perpendiculares al plano superior. Los expresados cartabones han sido y son contruidos de diversas figuras, como cuadrangular, poligonal ó cilíndrica, pero esta última es preferible á las demas.

La grande dificultad que hay en ejecutar los dos cortes de sierra rigurosamente perpendiculares á fin de que formen cuatro ángulos rectos, ó de 90º en el centro de la cara superior del instrumento para medir únicamente por el método del cuadrado, y mucho mas si se trata de hacerlo de los conocidos con el nombre de cartabones de ángulos, dificultad que inutiliza después de casi concluidos la mayor parte de los que se elaboran, pudiendo llamarse casualidad el sacar uno á satisfaccion de bueno, me hizo meditar sobre el particular, y después de varias indagaciones y pruebas inútiles, concebí la feliz idea de poner una especie de pínula de bronce en el extremo de cada diámetro, sujeta á la superficie lateral.

Hé aquí la descripcion del mecanismo á que me refiero. Consta de cuatro chapas cuadrilongas é iguales de metal amarillo, que tengan de 12 á 13 líneas de longitud, unas 10 de latitud y como media ó poco mas de espesor y grueso: en la mitad de cada una y en el sentido de su latitud se practica un corte, que deberá ser dado con un muelle de reloj dentado por uno de sus cantos y adherido á su armazon correspondiente á fin de que sean delgados, sin que profundicen mas que las tres cuartas partes de la espesada latitud: después se hacen á todas dos agujeros elípticos, cuyos ejes mayores estén en una misma línea, siendo esta la perpendicular á la mitad de la hendidura que se deja manifestada. Dichas pínulas se afianzan con tornillos de dimensiones proporcionadas, y entre las cabezas de estos y aquellas debe haber unas coronas ó ánulos, especie de arandelitas tambien de metal, cuyo diámetro menor de cada una tenga poco mas que el de los tornillos, para que se introduzca con libertad, y el mayor algo mas grande que el máximo de los elipses que sirven de agujeros á las pínulas. Las espesadas arandelitas deben ser cóncavas ó avellanadas por su frente, con el fin de que no sobresalgan las cabezas de aquellos.

Es de advertir, que si el cartabon tuviese por su parte superior la figura de un cilindro, hay necesidad, para que las pínulas sienten sobre plano, quitar del extremo de cada diámetro un segmento, cuya cuerda sea de la misma longitud que la de aquellas, formando por lo tanto un plano de igual superficie.

Con este sencillo mecanismo, colocadas las pínulas en sus lugares respectivos, y antes de afianzar de un todo los tornillos, pueden moverse á derecha é izquierda hasta tanto que las dos visuales se dirijan en algunos rectos, conseguido lo cual y apretados aquellos de un todo queda terminada la operacion, que debiera ser ejecutada en un paraje donde haya ó puedan ponerse puntos de comparacion á grandes distancias del que la ejecuta.

Acomoda que los cortes de sierra practicados en la madera sean gruesos, para que las distintas posiciones dadas á las pínulas antes de asegurarlas corrijan el defecto cometido de formar ángulos desiguales: tambien trae la ventaja de introducirse mas luz en ellos y dirigir las visuales con mas desembarazo.

Esta construccion reporta además las mejoras siguientes:

- 1.ª Que como se deja dicho no se trabaja á la ventura de construirlo bueno por una casualidad.
2.ª Poder rectificar el instrumento corrigiendo la inexactitud que pueda adquirir á impulso de un golpe ó por la alteracion sufrida con las diversas temperaturas.
3.ª Que las visuales son mas finas y mejor determinadas.
4.ª Que es aplicable este método á los cartabones de ángulos, pues solo se diferencian estos en el mayor número de pínulas.
5.ª Que dado caso de inutilizarse el instrumento, las pínulas pueden ser aprovechadas para otro.
6.ª Que por las mismas razones que se dejan manifestadas son mas baratos ó económicos que los comunes ó de solo madera.
7.ª Que son mas vistosos y elegantes.

Por último: la exageracion de construir cartabones de ocho, diez y aun mas pulgadas de diámetro, es enteramente innecesaria, y aun perjudicial y ridícula, porque su mucho volumen y peso embaraza las operaciones por su difícil manejo: basta que tenga cuatro pulgadas y otras tantas de altura ó eje.

M. A. BENAVIDES Y L.

Salmos de Benedetto Marcello.

(Conclusion.)

Marcello ha escrito poco en el género bufo; la única pieza verdaderamente cómica que se cita de él, es una pieza de madrigal para sopranos y contraltos, cuya letra y música había compuesto, disponiéndolas de modo que los cantores elegidos por él entre los de la capilla de San Marcos, debían imitar sin saberlo el baido de un rebaño.

A principios del siglo XVIII era muy considerable el número de los que se castaban voluntariamente, y esta horrorosa inutilización pasaba á los ojos del pueblo por una especulación como cualquiera otra: lo cual esplica muy bien el horror de Marcello á aquellos desgraciados *virtuosi* con voz de flauta; y disculpa la desgraciadora burla de que se valió para ridiculizarlos.

Sus cantatas no tienen gran reputación, si se exceptúa la de *Calisto convertida en osa*, cuyo acompañamiento es especialmente célebre, y otra cuya letra compuso él mismo. La música de esta última fué objeto de un concurso entre doce de los primeros maestros italianos, y habiendo sido admitido el poeta entre los candidatos, su partitura triunfó desde luego de la de sus rivales.

Cuarenta años tenía Marcello y no había pensado aun en la obra inmensa que fué después el título mas bello de su gloria, cuando un amigo suyo, literato y músico distinguido, llamado Ascanio Guiustiani, le rogó que pusiese en música los diez primeros salmos de David que acababa de traducir en versos italianos. Sintióse Marcello con fuerzas suficientes para tan grande obra, la aceptó con entusiasmo, y escribió los cinco primeros salmos de una vez, con tanta facilidad, que parecía no haber usado de otro estilo que aquel en toda su vida. El feliz éxito de este primer ensayo alentó á los dos amigos para continuar lo que tan bien habían principiado, á pesar de las predicciones de muchos compositores y maestros de canto, que juzgando por la suya de la fecundidad de Marcello, aseguraban que el estilo religioso y severo adoptado por él no ofrecía recursos suficientes para poderle sostener, sin incurrir en fastidiosas repeticiones.

La increíble variedad de motivos que se encuentran en todo el curso de esta composición demuestra que Benedetto no había formado un juicio erróneo de sus fuerzas cuando se resolvió á persistir en su proyecto. Parece, sin embargo, que su facultad de inventar tenía también sus intervalos de cansancio, porque se hallan en muchos de sus versículos temas copiados de las antiguas melopeas hebreas y griegas, aunque manejadas con aquel arte exquisito que brilla hasta en los mas ligeros acompañamientos de aquel gran músico.

Nos limitaremos á citar el *presto* del salmo XVIII (*allor iugradirai, Signor*), cuyo canto, del estilo hippolidiense, es de un himno de Homero á Ceres, y el *adagio* del XXI (*Signor, non tarrai*) cuya magnífica melodía está tomada de una plegaria de los judíos alemanes. Es preciso añadir que Marcello no dejaba nunca de indicar las fuentes donde debía en algunos casos, advirtien-



Molière.

do que el tejido que iba á cubrir con sus ricas bordaduras no era suyo propio.

Los salmos de Marcello están escritos para una, dos, tres ó cuatro voces, con solos, coros y acompañamiento de un simple bajo. Algunos tienen una ó dos partes solamente de *violoncelos*. La edición de París lleva un acompañamiento de piano, redactado fielmente sobre la base escrita por el autor, el cual es de una ejecución muy fácil. En la época en que apareció por primera vez esta admirable colección, es decir, en 1724, nada había que se le pareciese en música: no eran la manera llena, aunque frecuentemente pesada, de Durant, ni las formas grandiosas, si bien duras de Scarlatti, ni los encantadores arabescos del abate Clari los que podían dar una idea de aquel vigor de espresion, de aquel plan noble y puro siempre, de aquella moción religiosa, y sobre todo de aquel sabor de antigüedad que hacen al autor de los salmos un verdadero músico poeta. «No hay nada comparable, decía Mr. Suard, al entusiasmo que reina en estas composiciones: Marcello comunica á su música toda la energía de los pensamientos orientales: es el Píndaro de los músicos.»

La fama de la nueva obra se propagó con tal rapidez, y los venecianos manifestaron poco tiempo después de su aparición tales deseos de oír, que para satisfacer aquel ansia general, se reunió una numerosa academia de canto, bajo la dirección del autor, para ejecutarla en un local dispuesto de tal modo, que pudiese hacer gozar de la música á un inmenso concurso de oyentes. Todos los parajes inmediatos y las calles adyacentes servían de patio en que se reunían aquella multitud de *dilettanti* de todas clases, cuyo silencio solo era interrumpido por el grande aplauso popular que está reservado para un corto número de artistas. ¿Quién era mas feliz, el gondolero que comprendía aquella música, ó el patricio que era su autor? Yo no sé; pero seguramente aquellos venecianos, marineros ó senadores, mercaderes ó soldados, formaban una población verdaderamente artista, cuyo gusto no carecía de pureza.

Los salmos fueron traducidos al español, al inglés, al alemán, al ruso, y en toda Europa obtuvo el mismo éxito la armonía de que los había revestido el genio de Marcello. En Francia únicamente es donde apenas se conocen; no solo no hemos pensado en traducirlos, sino que sin las *madrugadas* de Cheron, y los conciertos históricos de M. Fetis, tal vez no se habría oído nunca en París el menor fragmento de aquellas inmortales producciones.

El estilo de que generalmente usa el autor es el de la fuga, el cual maneja con una maravillosa facilidad, eligiendo siempre bellos temas, sin sacrificar nunca la espresion á combinaciones pueriles, y al contrario, no sirviéndose de los variados recursos que ofrece el contra-punto, sino para hacer brillar bajo todos sus aspectos y con todas sus ventajas el pensamiento matriz de cada trozo. La entrada de la frase está dispuesta siempre de un modo favorable al efecto vocal; y es muy singular que en una obra escrita con tanto cuidado en cuanto á la pureza armónica, se encuentren partes entrantes sobre *cuartas desnudas sin resolución* como se ve en la página 159 al



La duquesa de Longueville en el Hotel-de-Ville.

principio del allegro *Non avvi popolo cotanto bárbaro*, en que el primer tenor principia en *re* cuando el contralto acaba en *sol*, así como el segundo tenor principia dos compases mas abajo en *la*, cuarta inferior del *re* no resuelto, en que se detiene el primer tenor. Esta disposición armónica no estaria tal vez fuera de lugar en un coro de carácter rudo y salvaje; pero en este paso nos parece difícil su justificación: de cualquier modo, el efecto no es bueno.

Además de la belleza del plan vocal, hay que admirar en Marcello el ingenioso artificio con que sabe dar interés á la sencilla base instrumental de que lo acompaña. El coro de que hablamos ahora es un ejemplo de ello, y sería fácil citar otros muchos aun mas notables.

Por lo que hace á la melodía, propiamente dicha, seguramente que la de los salmos no se parece en nada á la que el buen gusto parisiense honra actualmente con su aprecio: la fisonomía de aquella es esencialmente sencilla, noble y aun austera; á veces se advierte que sus formas están subordinadas á las exigencias de las combinaciones del contrapunto en que debe figurar; en cuyo caso se oscurece un poco para dar entrada á su majestuosa hermana, la armonía, que no tarda en agradecerle este obsequio, dejándola tambien dominar á su vez. Hay salmos enteros (compuestos de seis ó siete trozos diferentes) escritos para una sola voz. El *largo* del *xxi*, *E purtu quello sei che nell' escelso monte á te consagrato, hai ferma sedé*, es un testimonio sublime que demuestra todo lo que la melodía es capaz de producir de poético y de grande. Aquella tristeza es tan profunda y resignada al mismo tiempo, su acento tiene cierto fondo de inspiración tan profética, aquella voz solitaria parece que despierta unos ecos tan lejanos, que nunca las páginas mas bellas de Chateaubriand han presentado á los ojos de la imaginación mas santa ni mas desolada la imagen de Jerusalem.

EL SIMBOLISMO CABALLERESCO.

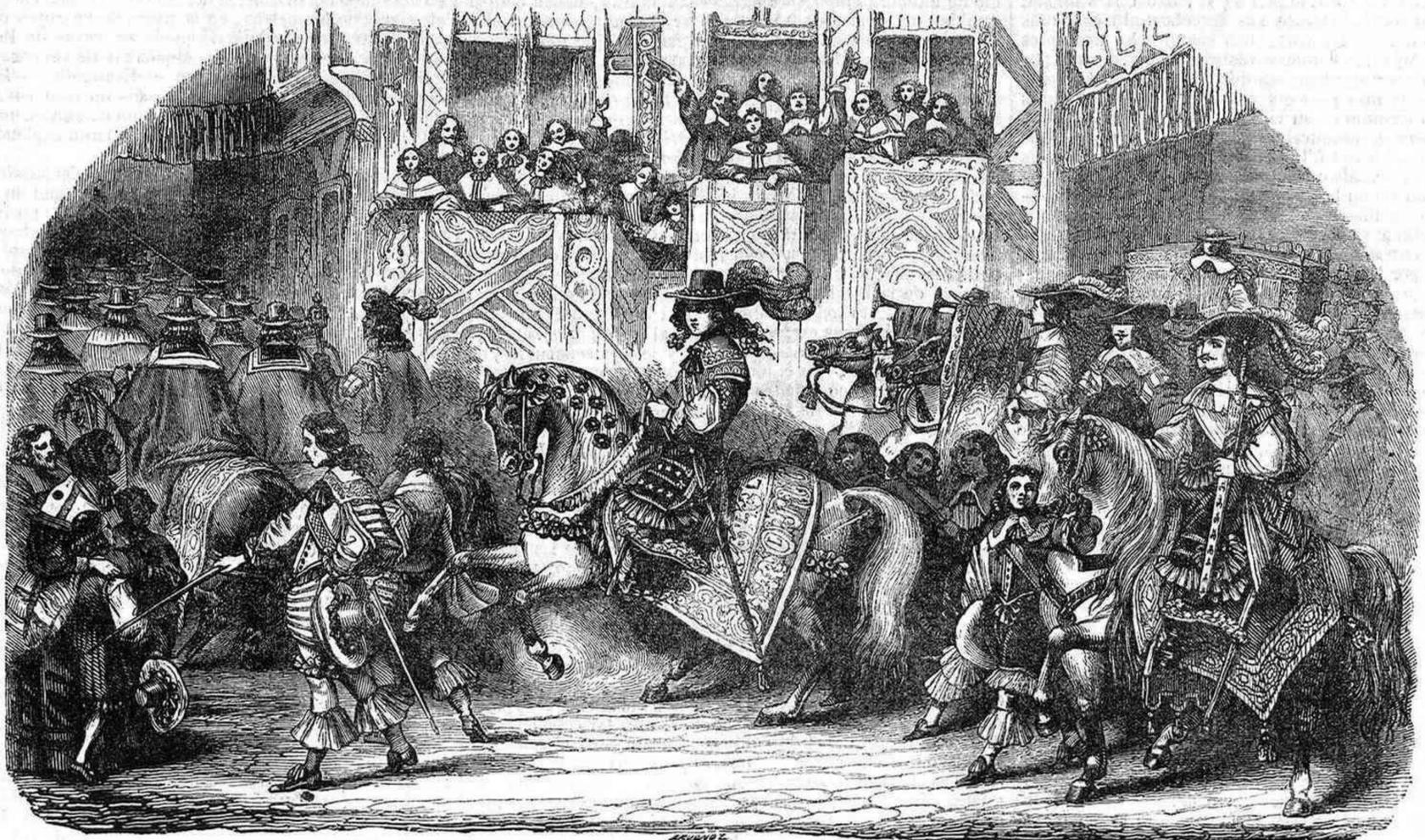
Este axioma, tantas veces repetido, «la letra mata y el espíritu vivifica», brilla en la historia de la edad media como una verdad concluyente. Ateniéndose exclusivamente á las formas exteriores de la civilización, juzgando lo pasado por el estado de las ciencias ó de la industria, encontramos indudablemente una barbarie profunda. Pero si, por el contrario, se le estudia bajo el punto de vista de las ideas, y particularmente de las tendencias morales, se descubren nuevos horizontes, y se reconoce que una sávia activa y fecunda circula bajo aquella ruda y salvaje corteza. Figurándonos aquellos peregrinos que en sus largas es-

pediciones caminaban con los ojos elevados y fijos en el cielo, obtendremos la imagen de las generaciones que vivian alrededor de ellos. Aprisionados en el estrecho recinto de sus ciudades, ahogados en sus casas sin luces, los nobles, la clase

rrioridad respecto á aquellos á cuyo servicio estaban agregados; no podia llevar sino adornos de plata, ropillas de paño, y por un fragmento de las poesías provenzales se colige la escesiva pobreza de aquellos vestidos. Cuenta este fragmento



Mademoiselle de la Vallière.



Cortejo de Luis XIV al ir al Parlamento.

media y el pueblo se lanzaban en el infinito, para buscar en él los resplandores que no les podia dar la ciencia. Elevándose así por el pensamiento sobre el mundo real, bebían la inspiración en fuentes inagotables, y no miraban al mundo de la materia sino como el compendio, el *microcosmo* del mundo invisible en el seno del cual les introducían sus creencias. Es preciso pues, cuando se estudia lo pasado, depurar las ideas morales ó religiosas, si se quiere penetrar el verdadero sentido de las cosas.

Este orden de ideas se encuentra en todas partes, no solo en la Iglesia, que es su verdadero dominio, sino tambien en las artes, en la arquitectura, en el vestido, en el ceremonial, y hasta en los hábitos mismos de la vida. El símbolo, es decir, la abstracción metafísica oculta bajo una forma sensible, ha dejado marcadas con su sello todas las ruinas; y la esfinge que á las puertas de la antigua Tebas decia á los viajeros el enigma fatal, resucitada en la edad media cristiana, detiene aun á los que se estravian á través de los recuerdos de lo pasado. Nosotros intentamos responderle y penetrar algunos de los misterios que encierra la institución, que después de la Iglesia, ha ejercido en los tiempos antiguos las mas útiles y saludables influencias: tal es la caballería.

Como la Iglesia, á la cual se une por lazos íntimos, la caballería, consagrandose profundas desigualdades entre las diversas clases, tuvo sin embargo por objeto construir en el seno mismo de la religion de Cristo otra religion social, la del honor, y de mejorar al hombre, sustituyendo al egoismo la noción del sacrificio y de la abnegación. Tuvo sus reglas, sus ritos, ó mas bien su liturgia, su traje; y todo lo que abrazaba recibía carácter, obligaciones y enseñanza. Los pajes, los escuderos y los caballeros representaban en su jerarquía ascendente el noviciado, la ordenación y el sacerdocio, marcando estos diversos grados con esa otra jerarquía del traje que envuelve una grande enseñanza.

Los escuderos, que correspondían á los novicios, eran jóvenes que después de haber sido pajes, se alistaban por mas ó menos tiempo al servicio de los caballeros, para hacer en cierto modo el ensayo de su vocación, y elevarse á la investidura por una serie de pruebas morales. Lo mismo que el novicio en el convento, el aprendiz en las clases industriales, el escudero, si se hacia culpable de alguna falta grave, era escluido de las órdenes de caballería. Su traje expresaba por su grande sencillez, su inferioridad respecto á aquellos á cuyo servicio estaban agregados; no podia llevar sino adornos de plata, ropillas de paño, y por un fragmento de las poesías provenzales se colige la escesiva pobreza de aquellos vestidos. Cuenta este fragmento

que el señor Amanieu des Escas, dando lecciones á sus escuderos, les prescribía espresamente distinguirse, á falta de telas preciosas, por trajes bien hechos, el calzado y birrete bien cuidados, y la propiedad de la bolsa, la daga y el cinto. Los vestidos, decía este señor Amanieu, pueden ser usados ó agujerados, pero nunca descoloridos; por descoloridos muestran negligencia, que es un vicio, mientras que los agujeros solo descubren la pobreza, que no es frecuentemente sino un accidente de la fortuna, y desde luego enaltecida por Dios. Para conformarse á este precepto, los escuderos llevaban siempre en su maleta de viaje una aguja que servía para componer sus vestidos; y cuando se presentaban á la investidura, no se les juzgaba solamente por su conducta, sino también por su porte.

Esta investidura era por sí sola todo un poema moral y religioso, á la cual se preparaban por el ayuno y la oración. El aspirante estaba asistido por un sacerdote y padrinos: confesaba, comulgaba, y la espada que servía para velar las armas, debía tener sus guardas en forma de cruz. Se escogía con preferencia para conferir el orden de la caballería las grandes festividades de la Iglesia ó políticas, tales como la coronación ó el casamiento de los reyes, el nacimiento de los príncipes herederos de la corona, para espresar así que el caballero, elevándose á su nueva dignidad, permanecía humilde servidor de Dios y súbdito del rey. «Cuando se hace un caballero, dice la *Orden de la caballería*, se han de peinar con cuidado sus cabellos y su barba (lo cual corresponde á una ceremonia análoga, practicada en los primeros siglos cristianos con los que recibían la investidura del sacerdocio), y después han de tomar un baño, como símbolo de purificación; al salir del baño se acostará por algunos momentos en un lecho muy limpio, y cuando se levante se le vestirá con ropas blancas y muy finas, de lino, en testimonio de que *debe mantener limpia y pura su carne*. En seguida debe vestirse una túnica roja, para espresar que está obligado á derramar su sangre; calzas oscuras, para recordar por este color sombrío la noche de la tumba, adonde todos los hombres descenderán en su día; un cinturón estrecho y blanco, porque la Escritura ha dicho: *Cenirás tus riñones*. Sobre la cabeza se le colocará un tocado blanco, para recordarse que el día del juicio final debe devolver su alma á Dios, pura y sin mancha.»

Por medio del espaldarazo, que se daba bastante rudamente con la parte plana de la espada, y algunas veces con la mano sobre las mejillas, se le advertía que debía sobrelevar con paciencia los golpes de la vida. En la ceremonia del espaldarazo se invocaba además del nombre de Dios el de los santos que habían postrado al demonio ó la idolatría, á S. Miguel ó S. Jorge, ó el de los que, como S. Dionisio, eran patronos del reino. El equipo militar, así como los vestidos para la investidura, tenía su significación: la espada de dos filos enseñaba al caballero que por una parte tenía que defenderse contra la violencia y contra la injusticia, y defender por otra á los débiles y sin valimiento; las espuelas, que debía siempre estar pronto para el combate, porque la Escritura había dicho que la vida del hombre es un combate sobre la tierra. De la misma manera, en la consagración de los obispos, se colocaba en los pies de los nuevos dignatarios sandalias fuertemente ajustadas y sujetas alrededor de la pierna por medio de cordones, en manifestación de que un obispo que tiene cura de almas debe estar sólidamente calzado, á fin de no escasear los viajes que está obligado á hacer en su diócesis; mientras que los frailes y monjes consagrados á la vida contemplativa, encerrados en el claustro, como en un sepulcro, llevaban sandalias ligeras y cordones, lo cual significaba que su viaje en el mundo había concluido sin apelación.

«Si los hombres que no son caballeros, dice un antiguo historiador, deben profesar respeto y honrar al caballero, con mas razon debe este honrarse á sí propio, con buenas y honrosas vestiduras.» En esto, segun se ve, habla la vanidad; pero el Cristianismo recuperaba sus derechos: al lado de las aspiraciones del orgullo humano, iban siempre los preceptos de la humildad. Aquellos hombres vestidos de hierro, que por un singular contraste hermanaban con frecuencia la barbarie mas estremada á la mas perfecta caridad; aquellos hombres que próximos al término de su vida, *daban de limosna la libertad á sus siervos*, procuraban también hacer olvidar sus locas disipaciones. En sus últimos momentos rechazaban las armas en que se ostentaban sus blasones, los mantos con que se habían engalanado en la pompa de las cortes y de los torneos, y para reconciliarse con el cielo, muriendo como los frailes, con el cilicio y sobre cenici: *Monachus non debet migrare nisi in cinere iet cinicio*; se vestían el hábito monástico. Esta transición por lo demás era enteramente natural, porque, segun se decía en la edad media, había una completa concordancia entre los *hábitos ó vestiduras de la clerecía y de la caballería*. La Iglesia misma aceptaba esta especie de paréntesis, y permitía á los caballeros presentarse en el coro con sobrepelliz encima de sus armaduras. A veces no se vestían solamente el cilicio, sino el sudario mismo con que habían de recibir sepultura. Los templarios, cuando se presentaban por primera vez en la iglesia del Santo Sepulcro, se envolvían en un paño mortuorio, que conservaban toda su vida, y envueltos en los cuales se les sepultaba cuando de vuelta en sus dominios les llegaba la hora suprema.

Cuando los individuos de las órdenes de caballería habían faltado á los deberes de su noble profesion, cuando habían vuelto contra su patria ó contra los débiles y monesterios, aquella espada que su padrino les había ceñido en *significación de castidad y de justicia*, y cuya punta tenían hacia arriba durante la misa, en el momento en que el sacerdote leía el Evangelio, entonces se les espulsaba de la orden de caballería, aplicándoles un ceremonial conforme en muchos puntos al celebrado en la Iglesia para las excomuniones. Se les declaraba muertos como á los escumulgados, repitiendo en derredor suyo las maldiciones del salmo 108. Su blason se borra y era arrastrado por el fango atado á la cola de un jumento. El heraldo de armas, subido en el tablado, preguntaba tres veces el nombre del culpable. El acusador le nombraba tres veces, y el heraldo respondía siempre: «No, no es ese; no, no es un caballero, porque el que tengo delante de mis ojos no es mas que un traidor desleal, y no creo otra cosa sino la *fé mentida*.» Para hacer desaparecer el carácter conferido por el espaldarazo, se vertía sobre la cabeza del paciente una vasija de agua caliente. En seguida se le colocaba sobre unas

parihuelas cubiertas con un paño mortuorio, y se le conducía á la iglesia como un cadáver cuyo aspecto repugnase á la vista de los vivos.

Se ha comparado muchas veces y equivocadamente el ceremonial de la degradación caballeresca á los ritos del secuestro de los leprosos. La analogía es puramente exterior; la diferencia moral profunda. En la degradación del caballero lo que domina es el sentimiento del desprecio; en el secuestro de los leprosos domina la compasión. Lejos de maldecirlos, se les prodigan, aislandolos, todos los consuelos y todas las esperanzas de la religion. Se les teme, pero se les respeta, como se respetaba á Job por su mal: era la espacion. Dios, se decía, los iniciaba por medio del padecimiento en las alegrías de la eternidad; y la misma caballería los rehabilitaba, creando la orden de San Lazaro, que en su origen tuvo por gran maestro á un leproso.

No es pues por este lado por el que hay que buscar la analogía, sino únicamente por el de la comunión. Al escumulgarse á un cristiano, el sacerdote apaga y quiebra con sus pies un cirio; al degradar á un caballero, el heraldo de armas rompe su espada. Contra ambos se invoca á Datan y Abiron, y ambos caen vivos en el abismo de los reprobados.

Las alegorias, los emblemas simbólicos acompañaban hasta la muerte á aquellos que habían permanecido fieles á los deberes caballerescos. Su vida estaba, por decirlo así, escrita en los monumentos figurados que decoraban su tumba. Pablo Velsefrudie nos dice, que cuando un individuo de una familia noble sucumbía en un combate, sus parientes colocaban dentro del mismo sepulcro el asta de una lanza, en cuya punta ponían una paloma con las alas abiertas y el pico en dirección del campo de batalla, teatro de las hazañas y del fin glorioso del guerrero cuya pérdida lloraban. Esta paloma significaba que el alma del difunto, animada por el Espíritu Santo, había subido á las regiones celestes. Por el siglo XI, las sepulturas, que hasta entonces no se habían señalado sino por simples lapidas al nivel del suelo, se colocaron en el espesor de los muros en nichos profundos que la arquitectura adornaba con sus arcos. Allí descansaban, reclinada la cabeza en cojines de piedra, estatuas de formas delgadas y feas, con pesados ropajes; y en el centro de la bóveda un niño desnudo, saliendo del sudario, sostenido por ángeles, espresaba la resurrección. Estas imágenes, obra de un cincel grosero, no ofrecían en general sino una monótona repetición de las mismas formas. Simulacros helados de la muerte, estaban yertos, inmóviles como ella; y hasta los primeros años del siglo XIV, no pareció que se animaban; entonces los duelos ó *llorones*, estatuas veladas cuya actitud espresaba el dolor, aligeraron como los faunos portadores de la antigüedad el peso de los sepulcros.

Alrededor de las tumbas de los caballeros se colocaban, como un cortejo fúnebre, figuras emblemáticas sosteniendo los escudos de sus alianzas, en tanto que en la cúspide del monumento dormía la efigie del difunto con las manos juntas, acostada junto á la mujer que había tenido por compañera; porque era una ley santa el permanecer unidos en el sepulcro con lazos que la religion declaraba indisolubles. Cuando moría un caballero en alguna batalla, se colocaba sobre su cadáver su bandera y su estandarte, para significar que había marchado con todos sus vasallos, y que no había dejado ningun trofeo en poder del enemigo; cuando había muerto señalándose por una acción brillante, se colocaba un león á sus pies; cuando perecía en una cruzada, se le enterraba enteramente armado y con las piernas cruzadas; si moría en cautividad, se cubría su estatua con un enrejado; por último, cuando salía de este mundo apaciblemente, en sus dominios ó en tiempo de paz, su efigie reposaba sin cota de malla, sin espada ni cinturón, los pies sobre un lebril, emblema del placer de la caza, que constituía la única diversion de la vida feudal.

Los escudos de armas, en los que no se ha visto por espacio de mucho tiempo sino figuras fantásticas, deben ocupar también un lugar muy importante en el simbolismo caballeresco. El P. Menestier, que fué el primero que dió algunas esplicaciones luminosas para la interpretación de los jeroglíficos heráldicos, dice con razon que cualquiera que examine detenidamente el blason, verá que tiene su *teología, su filosofía, su geografía, su jurisprudencia, su geometría, su aritmética, su historia y su gramática*; en efecto, aquí es donde se revela toda la fecundidad del genio alegórico de la edad media; y cuando Vulson de la Colombière dijo que el escudo de armas es la honorífica historia de todo lo que un hombre leal y valiente ha hecho por su Dios, su príncipe y su patria, emite no solamente una verdad general y absoluta, sino una verdad rigurosa, con respecto á ciertos casos particulares. Así, no citando mas que un ejemplo, se sabe que después de la batalla de Rubinas; Mateo de Montmorency, herido y cubierto todo de sangre, fué á ofrecer á Felipe Augusto doce banderas que había cogido al enemigo: el rey mojó el dedo en la sangre del caballero, y le dijo señalando una cruz en el escudo, que entonces lo tenía de oro con cruz de plata, cantonado con cuatro aguilillas de azul: «Quiero que sustituyais esa cruz de plata con una cruz de gules (roja), y que agreguéis á las cuatro águilas que teneis ya en vuestro blason, doce águilas desarmadas, en memoria de las banderas que acabais de ofrecerme.»

Los orígenes heroicos, tales como el que acabamos de referir, son por lo demás muy raros. Las figuras mas frecuentes están sacadas del derecho de propiedad territorial, de las costumbres feudales, de la religion, del recuerdo de las cruzadas, y de varios animales que son, como es sabido, tratados de historia natural fantástica, que siempre llevan en sí una enseñanza moral. La religion ha dado entre otros al blason el *cordeiro pascual*, los *ángeles*, los *clavos de la pasion*, las *cruces*; el feudalismo ha dado el *ciervo*, la *corneta de caza*, las *parejas de perros*, el *anillo y la criba*, que significan molino ú horno señorial; la *gavilla*, que espresa el tributo en especie impuesto sobre los productos del suelo; el *conejo*, emblema del derecho de acotamiento, etc. La caballería ha dado todas sus piezas de equipo y armamento: el sable, la espada de batalla ancha y corta, el yelmo, las manoplas, las espuelas. La lanza, arma favorita de los nobles, tanto para la guerra como para los torneos, se encuentra con frecuencia en los escudos, en tanto que no se ve ni una sola vez la alabarda, que era el arma de los comunes y de la plebe. El caballo, que todos los romances de caballería presentan como el inteligente amigo del guerrero; el leon, emblema de la

fuerza; el águila, el ave de Júpiter y de Roma, en una palabra, todos á los que se ha convenido en llamar animales nobles, todos aquellos cuyo nombre designa la audacia, son escogidos con preferencia. Solamente se exceptúan de esta regla el cordero y la paloma, porque han sido consagrados por el simbolismo religioso, y si se encuentran en el blason culebras, lagartos, caracoles y grajos, son excepciones muy raras, pero que se esplican también por leyendas que atribuyen á estos animales cualidades particulares. Citaremos por ejemplo el armiño: «Esta es, dice un antiguo heráldico, la piel de un animalito blanco, que tiene naturalmente la cualidad de que prefiere dejarse coger y perder la vida, antes que pasar por un paraje infecto y lleno de lodo donde pudiese manchar su hermosa piel.» El caballero debía conducirse como el armiño, no debía mancharse jamás. En la elección de los árboles, flores y frutos, es siempre la idea de excelencia, de superioridad, la que domina. Así, la encina, que se encuentra con mucha repetición, es la reina de los árboles, como el águila es la reina de las aves. Los recuerdos de las cruzadas y de las peregrinaciones son espresados por palmeras, bordones, conchas, *besantes*, moneda que se acuñaba en Constantinopla, y principalmente por cruces, que regularmente conservan en el escudo el mismo color que en los vestidos de los guerreros. Muchas veces el blason, perdiendo toda significación histórica, religiosa ó feudal, no es mas que un verdadero jeroglífico en que se traduce mas ó menos exactamente por figuras e nombre de la familia que lo lleva.

De todos los signos heráldicos, la flor de lis es sin duda alguna la que ha dado lugar á interpretaciones mas numerosas. Se ha buscado el origen ya en los florones que se unen en algunos monumentos figurados de la segunda raza, ya en la flor de lis de los jardines, ya en un hierro de lanza, ya por último en el tipo degenerado de la abeja imperial. Lo que ha contribuido todavía mas á oscurecer la cuestion, es que se ha encontrado en monumentos asirios y egipcios. La mayor parte de las esplicaciones que se han propuesto, presentaban siempre un punto vulnerable, y hemos tenido ocasion de decir, al examinar algunas de estas esplicaciones, que este problema heráldico tenía el privilegio de ofrecer á las discusiones de los eruditos un texto indescifrable, que probablemente jamás seria resuelto. Nuestra opinion, con respecto á esto, se ha modificado completamente por la interpretación que ha dado de aquella Mr. Duchalais, uno de los hombres que en nuestro tiempo han ilustrado mas la ciencia del pasado; ostentando una precisa erudición y una sagacidad adivinadora.

Mr. Duchalais ha probado con numerosos ejemplos, con respecto á las flores de lis heráldicas y á las que se ven en el Louvre en la cabeza de los dioses asirios, que la barbarie en las artes se encuentra siempre con la barbarie, así como la perfección con la perfección; que no solamente en la cabeza de estos dioses asirios, sino también en otras varias piezas, se encuentran emblemas analogos al emblema de los reyes de Francia. Ha comprobado que la flor de lis se ve desde el siglo VIII en el remate de los cetros y en la corona de la mayor parte de los reyes de la cristiandad, entre otros en la corona de Hunoldo, rey de Aquitania, conservada en el gabinete de antigüedades de París.

Sentados estos hechos, estudiando heráldicamente Mr. Duchalais el emblema real al través de las modificaciones que ha sufrido, ha reconocido que este emblema no era otra cosa que la flor de lis de los jardines, que se presenta bajo las tres formas de *flor de lis abierta*, *flor de lis en mata*, y *flor de lis arrancada*; y como no se arrancaba en el blason sino trozos de criaturas ó de vegetales, este hecho supone necesariamente que la flor de lis pasaba en la edad media por una planta, y que los visionarios modernos solos lo han puesto en duda.

La flor *arrancada* se colocaba en el campo de los sellos en el escudo del blason; la flor abierta ó la flor *en la mata*, en el remate de los cetros, en la mano de los reyes ó de la Virgen. Pero ¿por qué han adoptado los reyes de Francia esta figura? A esto responde Mr. Duchalais de una manera categórica: El Cristo ha dicho en su Evangelio: «Mirad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, no hilan; y sin embargo, os declaro que Salomon, aun en toda su gloria, no pudo vestirse como ellos, con tanto esplendor y tanta belleza.» (Matth. vi, v. 28, 29.)

El lirio por estas palabras, pues, fué declarado el rey de las flores, y las palabras de Jesucristo no llegan en vano á los oídos de los reyes de la Europa cristiana. Mucho tiempo antes que los escudos de armas fuesen hereditarios, estos reyes escogieron por emblema personal, dejándose guiar por un instinto religioso, el lirio de los campos, poetizado por el divino Maestro. Los emperadores de Alemania, los reyes de Aquitania, los reyes de Inglaterra, pusieron flores de lis en sus armas, mucho antes que los reyes de Francia, y en el siglo XII, en la gran época del misticismo, estos últimos adoptaron á su vez el lirio del Evangelio como signo heráldico. Además, el signo de la monarquía cristiana era también el signo de la Virgen.

Esta Reina inmaculada del cielo, que la tierra adora de rodillas, ha dado su nombre á la iglesia metropolitana de París, capital del reino. Hijos primogénitos de la Iglesia los reyes de Francia, por la misma razon de su título, debían escoger para su blason el símbolo de la madre de Cristo. El azul es el color de la Virgen, y el azul es el que adoptan en su escudo. Se consideran en la cristiandad, como los reyes por excelencia, los *verdaderos soldados de Dios*; y para espresar este pensamiento llenan su escudo de armas de flores de lis. Estas sencillas y verdaderas esplicaciones parecerán seguramente concluyentes á nuestros lectores, como nos lo parecen á nosotros, y si Mr. Duchalais tiene el mérito de ser el primero que las ha presentado, es porque en esta materia oscura ha sido también el primero que ha subido hasta esas fuentes; que no se agotan jamás, como dijimos al principio de este artículo, y en las cuales ha tomado la edad media la mayor parte de sus inspiraciones.

Las divisas que sirven de complemento al blason, se agregaban muchas veces á las figuras para espresar de una manera alegórica y breve una sentencia ó un pensamiento moral, ó para recordar algunos hechos históricos. El padre Menestier distingue ocho especies de estas: «1.º, las divisas equívocas del nombre de las casas que los llevan; 2.º, las divisas de relacion de las piezas de los escudos, de la cimera ó de los so-

portes; 3.º, palabras enigmáticas y de sentido encubierto; 4.º, proverbios y sentencias claras y evidentes; 5.º, palabras históricas; 6.º, cifras; 7.º, divisas de simples figuras; 8.º, divisas de figuras y de palabras.» Aun en las divisas equívocas del nombre de las familias, se encuentra muchas veces el pensamiento cristiano ó la moralidad práctica. Algunas veces las divisas expresaban recuerdos de familia, ó sucesos genealógicos.

Todas estas fórmulas alegóricas que gustaban tanto en la edad media, formaban una literatura aparte, y los ingenios se ocuparon en hacer divisas para los personajes ilustres. Se compusieron muchas para Juana d'Arc. Ya se la representa bajo la forma de una abeja colada en lo alto de una columna, coronada con estas palabras: *Hæc virgo regnum mucrone tuelur*; ya por una paloma blanca, con esta leyenda; *Mares hæc femina vincit*; por una mano con una espada asida, y con esta letra: *Concilio confirmata dei*; y por último, por un fénix quemándose en una hoguera, con esta leyenda: *Invito funere vivet*.

Los escudos de armas y divisas tenían una importancia demasiado grande para ser el privilegio exclusivo de la clase á que en su origen habian sido especialmente consagradas. No hablaremos de las ciudades, abadías, iglesias ni capítulos, que sobre este punto no se distinguían en nada de la nobleza, sino solamente de las corporaciones industriales, que ofrecen la particularidad de que, nacidas de la democracia y desarrollándose contra el feudalismo, imitaron no solamente sus privilegios y su organizacion militar, sino que tomaron de ellas hasta el blason.

En efecto, se sabe que cada gremio tenia sus armas particulares, en las cuales se encontraban reproducidos sus atributos ó sus útiles, al mismo tiempo que la imagen del patron estaba representada en su bandera. En los escudos industriales se ponian tambien divisas. Por último, las casas de los mas sencillos ciudadanos se ilustraron, como los castillos de los mas poderosos señores, con divisas y leyendas. Con muy raras escepciones, las leyendas que se ven todavia en las fachadas de algunas casas antiguas, son graves y severas, y manifiestan que bajo el imperio de las ideas religiosas que dominaban la antigua sociedad, los espíritus se ocupaban vivamente de las reglas morales de la vida. Siempre son la recomendacion de devolver bien por mal, hacer el bien y dejar hablar; reflexiones sobre la vanidad de las cosas humanas, fervientes aspiraciones hacia Dios, preceptos de gran sabiduria y de sencillez suma.

Estas divisas solas bastarian para probar la distancia que separa la sociedad moderna, de aquel mundo que acabó para siempre, de la edad media. Los santos han desaparecido de las muestras, los preceptos morales y las divisas piadosas de las fachadas de las casas, al mismo tiempo que las creencias se desaparecian de los corazones; y es seguro que si á algun arquitecto se le ocurriese hoy, por fantasía retrospectiva, reproducir sobre los frisos grabados de nuestras elegantes construcciones, algunos versículos solemnes de salmos, algunas palabras consoladoras de los libros santos, los transeúntes admirados no dejarían de preguntar: ¿Para qué sirve eso? Eso servia en la edad media para enseñar la resignacion al hombre sencillo que ganaba su pan pacíficamente en la casa santificada por las lecciones de la sabiduria divina, y para dar la paz á aquellos que la habitaban: *Pax huic domui*; eso servia para recordar que se debe pensar mejor en vivir sencillamente que en medio del fausto y de los placeres, y que las habitaciones donde tantas generaciones se suceden, no son para el hombre sino posadas de un dia en el camino de la vida, que tan rápidamente pasa.

Se ve pues por lo que acabamos de decir, que si el orgullo y la vanidad tienen un gran lugar en las instituciones de que hemos hablado, el pensamiento moral y la enseñanza tienen en ellas un lugar mas preferente todavia. La caballería, sin duda, fué alguna vez infiel á sus leyes; el espiritualismo elevado que le habia impreso su sello, encontrándose con la barbarie, se encontró hasta cierto punto detenido por ella; pero al menos introdujo en el seno del feudalismo la nocion de lo justo y de lo bueno. Elevó hasta el heroísmo y el sacrificio algunas almas escogidas, y confundió con el espíritu militar, que no es sino una forma de la abnegacion individual, ha legado á la sociedad moderna un sentimiento nuevo, el honor, que ha dado su nombre á la última orden caballeresca legada por los recuerdos de la edad media á nuestros tiempos de igualdad.

LA LOCA DE SAN GUILIANO.

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO PRIMERO.

Dos máscaras.

Cerca del anochecer del martes de carnaval de 18... un grupo de cuatro personas abandonaba el paseo de Atocha dirigiéndose por el Botánico y el Prado hacia la poblacion. Componian este grupo dos señoras de distinta edad y dos máscaras cubiertos con largos y elegantes dominós de raso negro. La primera de las señoras, alta, gruesa, de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, vestia un traje negro de gró, y una capota de raso blanco encerraba el óvalo un poco grande de su cara, dejando entrever una nariz aguileña, ojos pequeños, pero muy vivos, frente ancha y bien formada, por cuyos lados descendian dos bandas de hermosos y brillantes cabellos de color castaño. Su compañera, jóven de veinte á veintidos años, representaba mas edad de la que realmente tenia, por el completo desarrollo de sus formas y su estatura algo mas que regular. Adornaban su semblante, de una dulzura angelical, grandes y hermosos ojos garzos, sombreados por largas pestañas, suaves y bien arqueadas cejas; un ligero carmin coloreaba sus mejillas, y una apacible sonrisa vagaba de continuo por sus labios, dejando entrever dos hileras de pequeños y blancos dientes. La tranquilidad de su alma se veia retratada en su semblante, y al contemplar la limpidez de su mirada y su frente tersa y pura como la superficie de las aguas de un lago en una tarde serena, se conocia que el engaño no habia marchitado aun con su helado soplo ninguna de las ilusiones que se debian abrigar en su alma, virgen todavia. Completaba su traje, elegante y sencillo á la vez, un

vestido de seda color de tórtola, un chal listado y una capota de color oscuro, por debajo de la cual se escapaban algunos bucles de un pelo de color algo mas claro que el de su compañera, ondeando á merced del viento, que se agitaba murmurando entre las agostadas ramas de los árboles.

No podemos con igual exactitud hacer el retrato de los dos máscaras. Cubrian sus rostros negras caretas de terciopelo, y los anchos y flotantes pliegues del dominó envolvian completamente su cuerpo, no dejando ver mas que sus piés, calzados con botas de charol, sobre las cuales caia un pantalon de satín, negro tambien, como los guantes que cubrian sus manos. El único distintivo que se destacaba en la oscuridad del traje, era una pequeña careta de tafíete encarnado, que á manera de condecoracion llevaban prendida en el costado izquierdo. Diferenciábase solamente por la elevada estatura del que acompañaba á la señora de mas edad, en tanto que el mas bajo caminaba á algunos pasos de distancia con la jóven.

—Eres muy malicioso, máscara, decia esta á su compañero, en el momento que empezamos nuestra narracion. En una palabra, en una sonrisa quieres descubrir secretos que solo existen en tu cabeza.

—Oh mia faucullia! replicó el máscara con un marcado acento italiano; veo te empeñas en negar cosas de las que estoy bien persuadido, y para probarlo voy á citarte hechos y personas, aunque con nombres supuestos, y que no dudo conocerás al través del velo con que deseo cubrirlos.

—¿Vas á contarme alguna historia?

—No por cierto, voy á referirte una novela.

—Oh! oh! una novela! dijo con malicia la jóven.

—Una novela, repitió el máscara con intencion. Verdad es que hay cuentos que parecen historias, é historias que parecen cuentos, mas tú juzgarás si la que voy á referirte es una de tantas como hoy dia se leen en un periódico de literatura, sin que esciten en nosotros interés alguno, ó bien merece la pequeña molestia de que va á serte objeto al suplicarte le prestes atencion por algunos momentos.

—Sepamos esa novela, pues conozco en tus palabras que ha de interesarme su narracion.

Comenzaré suplicandote me dispenses si algunos pasajes de ella te son enfadosos: no soy poeta, y no podré adornarla con elegantes frases y pensamientos delicados. En cambio prometo ser lo mas verídico posible.

—Verídico!... interrumpió la jóven dando un ligero acento de ironía á esta palabra; verídico! ¿y vas á contarme una novela?

—Tal vez sea alguna de esas cuyo argumento se cifra en una aventura, en un suceso acaecido no há mucho tiempo, y a persona conocida, en cuyo caso no debe estrañarte haga uso de una palabra que tan bien explica mi pensamiento. ¿Que juicio formarias del novelista y de su obra, si habiéndote ofrecido conocerias á sus personajes al través del velo que les cubre, fuera este tan espeso, tan tupido, que ni aun divisarlos pudieras? Bien se pueden alterar las formas del hecho y conservar la verdad en el fondo.

—Ingeniosa es la explicacion, y segun la comprendo, tu novela pertenece á ese género que los literatos llaman histórico, y que vulgarmente se dice, como no há mucho repetiste, una historia que parece cuento.

—O un cuento que parece historia, no es difícil cambiar de opinion luego que la hayas escuchado.

CAPITULO II.

Los pasajeros.

El máscara, después de algunos momentos de silencio, dió principio á su narracion del siguiente modo.

—Hace seis años que un hermoso buque, desplegadas sus velas al viento, salia majestuosamente del puerto de Cadiz. Los pasajeros, de pié en la popa, agitaban sus pañuelos en señal de despedida, y gran número de personas les respondian con iguales señas desde el puerto. Cuando la ciudad desapareció ante su vista, perdida como un punto negro en medio del horizonte, cuando se hubieron calmado algun tanto los sentimientos mas ó menos profundos que en unos habia escitado el adios que acababan de dar á su patria, y en otros la separacion de sus familias, volvieron sus ojos aun humedecidos por el llanto para contemplarse mutuamente, curiosidad muy disculpable en personas que debian vivir unidas por espacio de algunas semanas, en la intimidad forzada que en cierto modo les imponia el corto espacio del buque.

Entre los pasajeros que en él iban, hallábase una de las mas célebres primas-donnas de Europa, cuya fama, atravesando los mares, habia llegado hasta la América, cuyas principales ciudades deseando conocer tal prodigio, se habian disputado encarnizadamente la posesion de la artista. Cuba, la mas hermosa de las Antillas españolas, habia conseguido la victoria, contratando la tan célebre como hermosa cantatriz, y esta, abandonando la capital de España, donde por entonces se hallaba, se habia decidido á recoger los laureles que la ofrecian los entusiastas habitantes de la Habana.

La acompañaba en su peregrinacion su hija, hermosa jóven de quince años, heredera, segun permitia conocer su corta edad, no tan solo de la belleza, sino tambien de las grandes facultades y reconocido mérito que habian hecho célebre el nombre de la que le diera el ser.

La jóven interrumpió en este punto al máscara diciéndole: —¿Seria indiscrecion preguntar el nombre de la persona que tales elogios merece?

—Su nombre es tan conocido, se ha repetido tanto, es hoy tan popular, que me atrevo á creer lo habrás adivinado.

—Crei, máscara, serias mas galante, y no me dejarías ese trabajo.

—En la alternativa de pasar por descortés, no accediendo á tu demanda, ó de faltar al incógnito que me habia propuesto guardar al referirte esta aventura, te suplico des un nombre cualquiera, el que mas te agrade, á esa persona. Yo lo aceptaré sin vacilar, y de este modo saldré libre del compromiso en que me han colocado tus palabras.

—Cedo á tu súplica, y si el nombre te parece bien para la heroína de tu novela, la llamaré Erminia.

—Erminia! dijo el máscara pro-urando leer en los ojos de su compañera la expresion particular con que lo habia pronunciado.

—Erminia Bianchi, repuso con la misma inflexion de voz.

—Lo acepto, y si no te parece mal, llamaremos á la hija de la signora Bianchi, Fioretta.

—Me agrada tambien, y puedes usar de él al continuar tu narracion.

—Habia, dijo el máscara continuando su narracion, en el mismo buque un jóven á quien nadie conocia, y cuyo nombre era igualmente ignorado. Llegado á bordo pocos momentos antes de darse á la vela, habiase encerrado en su camarote despues de hablar algunas palabras en secreto con el capitán. Durante los primeros dias, nadie fijó su atencion en el desconocido; pero al ver que no alternaba con los demás viajeros, y aun que parecia poner cuidado en ocultarse, hizo objeto de la conversacion general. Formáronse mil conjeturas á cual mas estravagantes, hicieron preguntas al criado que le acompañaba, y al cabo de algun tiempo de investigaciones inútiles, olvidose á aquel viajero, á quien durante las altas horas de la noche se veia errar como una sombra sobre cubierta, ó bien embozado en una larga capa y recostado sobre la obra muerta, contemplar con melancólica mirada las brillantes estrellas que adornan el firmamento.

En tanto el buque se acercaba al término de su viaje; un viento favorable habia henchido constantemente sus velas desde su salida de Cadiz. En la noche del vigésimo dia el piloto de guardia anunció la proximidad de tierra, y á esta noticia todos los viajeros se precipitaron sobre el puente para contemplar aquella faja negra que se extendia sobre el horizonte, con una curiosidad y una alegría iguales á la que tres siglos antes debieron sentir los soldados de Colon al considerarla por primera vez.

A la mañana siguiente el buque fondeó en el puerto de la Habana. El capitán dió las órdenes oportunas para el desembarco, y poco después se balanceaba junto á uno de los costados del buque una barca dispuesta á conducir los pasajeros á tierra. La primera que descendió fué la madre de Fioretta; seguiala su hija con mal seguro paso, cuando un grito lanzado por los que aguardaban su turno para bajar, llamó la atencion del incógnito, que á algunos pasos de distancia se ocupaba en mirar la pintoresca vista que ofrecian los edificios y torres de la Habana, y las graciosas casas del arrabal de Regla. Volvióse para averiguar la causa de aquella conmocion, y siguiendo las miradas atónitas de los que se hallaban á su lado, pudo contemplar el objeto que la motivaba. Era Fioretta que, al descender, habia resalado, yendo á caer en el mar. Desembarazose apresuradamente de su capa y sombrero, y saltando desde el sitio donde se hallaba, se le vió sumergirse en las olas, y aparecer á los pocos momentos sosteniendo el cuerpo inanimado de la jóven. La escena que acabo de referir fué tan súbita, habia pasado con tal rapidez, que los dos marineros que cuidaban de la barca, apenas tuvieron tiempo de sostener á la signora Bianchi, que al ver caer á su hija se habia desmayado.

El desconocido depositó su preciosa carga en la barca, prodigándola sus auxilios, y logrando que volviese en sí á los pocos momentos. Entonces las dos mugeres pudieron contemplar á su salvador, que de pié é inmóvil á su lado, las miraba con cariñosa inquietud. Pasados los primeros momentos de ese estupor que produce en nosotros un suceso semejante, arrojáronse á los piés del desconocido para darle gracias; levantolas, y sin decir una palabra, volviase apresuradamente á tomar la escala que pendia del buque. Cuando subia el primer escalon, le detuvo la voz de Fioretta.

—¿No podremos al menos saber vuestro nombre?

—Me llamo, dijo el desconocido volviéndose, Julio Láscari.

—Gracias.

—Tomad, añadió la signora Bianchi dándole un anillo de oro, alrededor del cual se enroscaba una trenza de cabellos. Tomad este recuerdo de Erminia Bianchi y de su hija: si alguna vez en la vida ois pronunciar el nombre que acabo de deciros, acordaos que hay en el mundo dos mugeres que jamás olvidarán la noble y generosa accion que acabais de ejecutar.

—Gracias, murmuró el desconocido inclinándose.

Y subiendo con rapidez la escala, dirigióse á su cámara, de la que volvió á poco para seguir con sus miradas la barca, que no tardó en perderse entre la multitud de buques que llenaban el puerto y le hacian semejar á un gran bosque flotante.

CAPITULO III.

Julio Láscari.

La noche se iba acercando por momentos; el sol, que poco antes iluminaba con viva luz el ancho paseo del Prado, lanzaba sus últimos reflejos desde el horizonte: algunas nubes teñidas de un hermoso color de púrpura cruzaban el azul del firmamento, y su rojizo color, semejante á las últimas llamaradas del incendio, se reflejaba en las cimas de los árboles, cuyas desnudas ramas estremecía ese ligero y fresco viente-cillo que se deja sentir en los últimos dias de febrero.

Nuestros personajes, empeñados en una viva conversacion, continuaban lentamente su paseo, no echando de ver la proximidad de la noche, cuyas primeras sombras empezaban á descender sobre los edificios, prestándoles un color oscuro que amortiguaba con rapidez la variedad y viveza de sus tintas.

Quando el máscara concluyó la narracion que dejamos apuntada, guardó silencio por algunos minutos, esperando al parecer que le interrogasen. Sus palabras debieron traer á la memoria de la jóven un recuerdo de esos que viven siempre en el corazon, por lejanos que se hallen de nosotros, pues sin ocultar la emocion que le habia causado lo que acababa de escuchar, le preguntó con interés:

—¿Conoces tal vez á Julio Láscari?

—Era uno de sus mayores, quizá su mejor amigo, en la época á que me refiero. La muerte de su anciana madre, á quien amaba con delirio, le sumió en una melancolía profunda, que en vano tratamos de ahuyentar sus amigos. Disgustado de Roma, su patria, que le recordaba á cada momento la pérdida que habia sufrido, quiso buscar un consuelo, y distraer su dolor visitando otros países. Por sus cartas supimos habia recorrido la Francia, la Inglaterra y la España. En la última que recibimos nos participaba su salida para América. Obligado yo mismo á abandonar poco tiempo despues á Roma, no volví á tener noticias suyas en mucho tiempo.

(La continuacion en la pagina 270.)



POLKA.

PIANO... *ff*

The first system of musical notation for the Polka. It consists of two staves, treble and bass clef, in 2/4 time. The music begins with a piano (*ff*) dynamic. The melody is in the treble clef, and the bass clef provides a rhythmic accompaniment. The notation includes various note values, rests, and articulation marks.

FIN. scherzando.

The second system of musical notation. It continues from the first system and ends with a section marked "FIN." and "scherzando." The tempo and character change to a more playful and energetic style. The notation includes a repeat sign and various rhythmic patterns.

8. enérgico.

The third and final system of musical notation. It begins with a section marked "8." and "enérgico." The tempo and character change to a more energetic and vigorous style. The notation includes a repeat sign and various rhythmic patterns, concluding the piece.



—¿Y no supistes después de tu amigo?
—Dos años después de su partida a América, le encontré inesperadamente en Milan.
—En Milan?
—Hallábase entregado á un trabajo difícil y misterioso, sobre el cual jamás me dio explicación alguna. Debía marchar dos días después, y aprovechamos el breve espacio que nos restaba, en contarnos las aventuras de nuestros viajes. Díjome lo que acabo de referir, y la loca pasión que abrigaba por la hija de Erminia Bianchi. Me contó sus esperanzas, sus ilusiones, sus sueños y su desesperación. El viaje que debía emprender le contrariaba extraordinariamente; acababa de encontrar á la mujer que amaba, y se veía obligado á separarse en breve de ella, cuando hubiera querido que la vida fuese eterna para pararla á su lado. Conocióse en la viveza con que pintaba sus amores, que estaba realmente apasionado, y traté de disuadirle de su viaje: mi empeño fué inútil, y nos separamos prometiéndonos volver á ver dentro de un año. Cumplió su promesa acudiendo á las citas, y juntos hemos recorrido la mayor parte de Italia en seguimiento de su adorada Fioretta.
—¿Sabes dónde se encuentra ahora?
—Hace un año que nos separamos: una desgracia imprevisible, acaecida á una hermana suya, le hizo volverse inmediatamente á Roma. Desde entonces, llevando una vida errante que apenas me permite detener por tiempo determinado en una ciudad cualquiera, no me ha sido posible adquirir noticias ciertas de su paradero.
—¿Llegó á saber Fioretta el amor que había inspirado?
—No.
—¿Qué motivos impedían á Julio declararle su pasión?
—Nunca me los dijo.
—¿Desconfiaba de Fioretta?
—Permíteme conteste á una pregunta con otra: ¿puedes decirme tú si Julio sería amado de la mujer que había elegido?
La joven bajó la cabeza sin contestar, y un vivo rubor cubrió sus mejillas. Los ojos del máscara brillaban á través de la careta, cual si quisiera leer en el pensamiento de su compañera. Acercose vivamente á ella, y con voz tremula, que hacía mas visible la emoción que le agitaba, la dijo:
—Di, Fioretta, di, le amas?
Fioretta, pues era ella, fijó una larga y profunda mirada en el máscara, cual si quisiera conocer las facciones que ocultaba un pedazo de terciopelo.
—¿Le amas, di, le amas? repitió.
—Eres muy indiscreto, dijo la joven sonriendo y apartando la mano que le había tomado al repetir su pregunta.
—Y si te dijese dónde está Julio, ¿me contestarías?
—¿No está en Roma, según me dijiste há bien poco?
El máscara hizo un movimiento negativo con la cabeza.
—Me has engañado!
—Le amas?
Fioretta y el máscara cruzaron una mirada: sin duda en ella debía estar la tan anhelada contestación, porque rompiendo el máscara, mas bien que quitando el guante que cubría su mano derecha, iba á estenderla hacia la joven como para mostrarla alguna cosa, cuando un nombre pronunciado por la madre de Fioretta la hizo detener y volverse súbitamente cual si hubiese sentido la picadura de una víbora.

CAPÍTULO IV.

Una historia antigua.

Retrocedamos, si nuestros lectores lo tienen á bien, para escuchar la conversacion que siguen el máscara de elevada estatura y la madre de Fioretta.
—Tu historia es muy singular, máscara, decía la última: ¿conoces algunas otras aventuras tan originales como la que acabo de oír, y que hayan sucedido también á la misma persona?
—Algunas otras sé; pero ¿tengo derecho para contarlas?
—Estraña me parece la pregunta en un máscara.
—Conozco toda la libertad que en estos días presta la careta; mas no sé si debo hacer uso de ella para sacar á luz hechos que han tenido lugar en épocas lejanas, y que por creeros ignorados, pudiera muy bien su relación herir la susceptibilidad de la persona que los escuchara. ¿Quién sabe si tú misma me mandarías callar en medio de mi narración!
—¿Tan extraño es lo que pretendo saber que no se puede decir á una señora?
—Es un secreto.
—Hé ahí la palabra mágica del carnaval. Todos los máscaras, cuando tratan de embromar á una persona, hacen uso de ella; todos ofrecen revelar una aventura, una historia que es un secreto, y cuando han despertado la curiosidad de sus oyentes, cuando estos esperan oír y saber lo que real y verdaderamente significa esa palabra, suelen escuchar alguna insípida historia de amor, ó las suposiciones gratuitas que se han tomado de la molestia de formar, interpretando algunas palabras dichas en secreto en una tertulia.
—Muy incrédula se ha vuelto la signora Bianchi; seguro estoy que si el conde Andrea Clerici...
—¿Qué dices?... repuso la madre de Fioretta, á quien las últimas palabras del máscara habían hecho perder el ligero acento de ironía que había usado en la conversacion.
—Decía, prosiguió el máscara con fingida indiferencia, que el conde Andrea Clerici no conocería hoy, en la incrédula signora Bianchi, á la hermosa y sencilla joven que él apellidaba la *Stella di Roma*.
—¿Conocistes por ventura al conde? preguntó con inquietud.
—¿Quién no conocía en Roma al entusiasta *dilletante*, al rey de la moda, al joven y elegante conde?
—Y sabes...
—Sí, como nadie ignoró entonces, que Andrea Clerici amó con delirio á la hermosa Erminia Bianchi, esposa poco tiempo después del capitán Armando Duprès.
Estos nombres debieron traer á la memoria de la madre de Fioretta muy penosos recuerdos, pues ocultando el rostro entre las manos, dejó escapar un suspiro, murmurando:
—Oh Dios mio, Dios mio!...
—Pero lo que no todos saben, continuó el máscara, es el secreto de que yo hablaba, y que vos habeis tomado por una broma de carnaval.

—¿Qué secreto es ese? preguntó la signora Bianchi con débil voz, y cual si temiera oír la respuesta del encubierto.
—Hablo, respondió este acercándose y deslizándose al oído de Erminia lentamente sus palabras, de lo que sucedió en Villa-Frascati el 25 de mayo de 1821.
—Ah!... todo lo sabe, dijo Erminia dejando escapar un ligero grito.
—Sí, prosiguió el implacable máscara; yo sé que en la noche de ese día, la *Stella di Roma* dió á luz un niño, un hijo del conde Andrea Clerici; que ese niño quedó entregado á los arrendadores de la quinta del conde, donde había nacido, para que lo criaran: yo sé que tres años después la madre de ese niño olvidaba sus juramentos de amor, casándose con el capitán Armando Duprès: yo sé que cuando esa mujer faltaba á la fé que había jurado, su amante estaba perseguido, y gemía cargado de cadenas entre las húmedas y sombrías paredes de un inundo calabozo.
—No, os engaños; el conde no estaba preso... había muerto.
—Sabéis tan bien como yo que la noticia de su muerte era falsa, puesto que mucho tiempo después, cuando todo el mundo había olvidado, no tan solo el nombre, sino la memoria del conde, vos habeis tenido noticias suyas. ¿Habeis olvidado ya la noche de vuestro beneficio en el teatro de la Fenice en Venecia? El salón estaba brillante: una numerosa concurrencia llenaba las principales localidades y aplaudía con furor. Al final del segundo acto el entusiasmo se convirtió en delirio, y una infinidad de coronas, flores y ramilletes cayó á los pies de la inspirada artista. Entre las coronas había una de siemprevivas, en cuyo lazo de seda negro se veía un billete; era una corona de difuntos, y en la tarjeta estaban escritas con lápiz algunas palabras. Las recordais?... Decían, si la memoria no me es infiel: «Me habeis engañado y me vengo: trocad vuestras galas de esposa por los lúgubres vestidos de viuda: vuestro marido ha muerto, y estais separada de vuestro hijo para siempre.» La letra de esta carta era del conde Andrea Clerici: el cadáver del capitán Duprès, hallado al día siguiente sobre la arena de la isla de Torcello, y las inútiles pesquisas que desde entonces habeis hecho para saber el paradero de vuestro hijo, probaban la terrible verdad de la carta del conde.
En tanto que el máscara hacia su relato, la signora Bianchi tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y dos hilos de lágrimas surcaban sus palidas mejillas. Este dolor silencioso que se exhalaba sin quejas ni recriminaciones, pareció conmover al máscara, que acercándose á ella, la dijo con triste acento:
—Perdonad si mis palabras son causa de vuestra aflicción; había olvidado involuntariamente lo penoso que deben ser para vos semejantes recuerdos.
—Oh! no sabeis cuán amargos son para mí, ni cuán profundas son las mal cicatrizadas heridas de mi alma; mucho tiempo ha pasado sobre lo que me acabais de referir, y veces hay que al recordarlo siento el corazón destrozarse; pero el sentimiento puede debilitarse y morir con los años, pero los tormentos que nos causan ciertas desgracias, van en aumento á medida que los días pasan; es un cáncer que continuamente nos roe el corazón, hasta que al fin concluye por matarnos. No os acuseis de haber renovado mis dolores: las lágrimas que vierto son el justo castigo de mi curiosidad.
La espresion de aquel dolor tan acerbo, tan profundo, la amarga verdad, que resaltaba en las palabras de la signora Bianchi, palabras que cual un grito se exhalaban de su corazón, hizo brillar una lágrima sobre la careta negra del máscara.
—Sois muy desgraciada, la dijo después de un largo silencio; nunca me perdonaré el mal que os he causado esta noche. Desearia reparar mi falta, y no sé de qué modo hacerlo. Tal vez vos encontraréis algún medio por el cual me sea fácil complaceros. Decídmelo...
—¿Y me lo concederéis sin vacilar? preguntó con viveza la signora Bianchi.
—Os lo prometo.
—Pues bien, responded con franqueza á tres preguntas que voy á dirigiros. ¿Qué ha sido del conde Andrea Clerici?
—Ha muerto.
—¿Quién os ha contado la historia que me acabais de referir?
—El mismo.
—Vive mi hijo?
El máscara tardó en responder.
—Decídmelo, vive?... ¿dónde está?
Apenas acababa la signora Bianchi de repetir sus preguntas, cuando sintieron pasos precipitados á su espalda; volvieron la cabeza, y vieron á un joven que se detuvo á saludar á la madre de Fioretta. La oscuridad era bastante grande, y no se distinguían sus facciones. Iba el máscara á responder á la pregunta que le dirigiera Erminia, cuando la voz del joven llegó á sus oídos: detúvose asombrado, y las palabras se deslizaron sobre sus labios, apenas articuladas.
—Adios, Genaro, dijo con rapidez la signora Bianchi volviéndose hacia el máscara para oír la anhelada contestación; pero esta vez su curiosidad quedó también defraudada.
Como dijimos al concluir el capítulo anterior, al oír el nombre de Genaro, el máscara que iba con Fioretta dió un salto, y sus ojos lanzaron un relámpago. El máscara alto vió la luz que despedían los ojos de su compañero, y adivinando lo que pasaba en su alma:
—Ven, Julio, ven, le dijo; y tomándole por un brazo se alejó apresuradamente de aquel sitio arrastrándole consigo.

CAPÍTULO V.

El desconocido.

En una de las habitaciones mas retiradas de una fonda, y á la brillante claridad que derrama en su derredor una lámpara suspendida del techo por una cadenilla de metal dorado, se ve un hombre recostado en un sofá, que en actitud descuidada y meditabunda, pasea su mirada distraida por los elegantes muebles que adornan la habitación.
Los pálidos reflejos de la lámpara hacen destacarse entre las sombras la figura de este desconocido, de elevada estatura, rostro moreno, negras cejas, y cuya cabeza poblada de cabellos grises, se dobla sobre el pecho cual si un profundo sueño embargase sus sentidos dominando el sordo y monó-

tono ruido que produce la lluvia al estrellarse en las paredes del edificio, y el triste y prolongado gemido del viento, que penetrando por entre las entornadas puertas de una ventana, llega cual un murmullo profundo á turbar el religioso silencio de la estancia.
Una ráfaga de viento, más fuerte que las anteriores, hizo estremecer los cristales y puertas de la habitación: á este ruido, el hombre levantó la cabeza, incorporose sobre el asiento, y dirigiendo una mirada rápida hacia la puerta, púsose á escuchar con atención. Permaneció aquella cerrada; el brillo que por un instante había iluminado sus pupilas fuese apagando poco á poco, y desapareció al fin bajo sus cejas. Siguió escuchando aun por algunos segundos, y viendo que nadie parecía, volviose á acomodar tranquilamente en el sofá, y doblando la cabeza sobre el pecho cual la tenía antes, volvió á caer de nuevo en su estupor murmurando:
—¿Era el aire sin duda!
El viento seguía arrojando por instantes: el agua impulsada por el aire, azotaba con furor los cristales de la ventana penetrando en la habitación, y la vacilante luz de la lámpara seguía iluminando con incierto resplandor al desconocido, absorto al parecer en sombrías meditaciones.
Cerca de una hora había trascurrido sin que hiciese el menor movimiento, cuando el lejano son de una campana que anunciaba las doce, dominando la voz del viento y el rumor de la lluvia, vino á interrumpir con sus pausados sonidos el silencio que allí reinaba.
El desconocido abrió lentamente sus ojos, escuchó algunos momentos el eco de la campana que se iba perdiendo en el espacio arrebatado por el aire, pasose la mano por la frente cual si quisiese alejar ciertas ideas, y abandonando el sofá se dirigió con lento paso hacia una consola sobre la cual se alzaba un reloj de sobremesa.
—Las doce!... dijo después de haber mirado un momento la muestra; las doce ya y Julio no parece... ¿Dónde se habrá detenido tanto tiempo?... Si algún incidente inesperado... mas no. Al lado de Fioretta las horas pasan para él tan velozes que no dudo me haya olvidado... Luego la noche está horrible, y los enamorados prefieren una dulce mirada de la mujer que aman, á recibir el frío y la lluvia de una noche semejante. Y sin embargo, es preciso que yo le vea hoy mismo, que le hable antes de abandonar á Madrid tal vez para siempre. La presencia de Genaro puede ser fatal para entrambos, y yo no debo marchar sin la seguridad de que nada emprenderá en mi ausencia.

(Continuará.)

EUGENIO MARTINEZ CUENDO.

OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS.

La BIBLIOTECA UNIVERSAL va á empezar en su *segunda serie* la publicación de las obras de Alejandro Dumas. El éxito que ha acompañado siempre á la aparición de cada una de ellas, y el interés general con que el público las pide de nuevo, aconsejaban que se saliera de las formas ordinarias de publicación para hacer de ellas una *edición de gran lujo*.
Tal es la que se va á hacer en la BIBLIOTECA UNIVERSAL; las obras del gran novelista de la época, que tanto se prestan al talento del artista, van á ser ilustradas con un número considerable é inusitado de preciosas láminas y viñetas, obra de los mejores dibujantes y grabadores: gran número de aquellas salen por su tamaño y su colocación del orden que ha seguido hasta aquí la BIBLIOTECA; la estampación será muy esmerada, y el papel excelente é igual en todas las obras. Abrigamos la confianza de que la edición que se prepara, á costa de sacrificios que bien pronto podrán apreciarse, será digna de figurar con ventaja entre las obras mejor ilustradas que se han impreso en España.
Inmediatamente aparecerá la primera, que es: *Luis XIV y su siglo*, adornada con unos 180 preciosos grabados, de los cuales pueden servir de muestra los cuatro que verán nuestros lectores en las páginas 264 y 265. A continuación irán *Los tres Mosqueteros*, *Veinte años después*, *El vizconde de Bragelone*, etc.
Como es sabido, estas tres obras no son mas que una magnífica novela en tres partes en la cual se pasa revista de la manera mas dramática y mas interesante á los grandes acontecimientos de los reinados de Luis XIII y Luis XIV. En seguida saldrá *El conde de Montecristo*.
Tal es el mérito de la interpretación que los artistas han sabido dar á estas ediciones de las obras de Dumas, animando las figuras y prestándolas vida, poniéndolas en acción y haciendo que el lector pueda presenciar casi todas las escenas notables, que tenemos la seguridad de que los suscritores han de encontrar en ellas una novedad y un atractivo que les deleite y les incite á leer con mas gusto que nunca las obras de Alejandro Dumas.
Pronto podrá juzgarse si exageramos.

CARTAS A UN HOMBRE.

IV.

LA MARIPOSA Y LAS FLORES.

Si los ardores del estío no agostaran las frondosas plantas que deshojan las primeras lluvias del otoño, no se presentaría tan risueña la primavera, vestida con las nuevas galas de su renaciente juventud. Las áridas y empinadas sierras van dejando su mortaja cenicienta y parda, ó su blanco sudario de nieve, para vestirse con verde y charolado manto, salpicado de gayas flores; los profundos valles despiertan de su letargo al blando arrullo de los mil arroyos que cruzan tranquilamente la pradera; los pájaros tejen sus nidos en ramas cubiertas de flores, que serán frutos sazonados cuando sus huevos se conviertan en nuevos pintados pajarillos; los torrentes, cascadas y rios van cambiando sus aguas turbias y agitadas en aguas claras y tranquilas; los rebaños triscan alegres por los recuestos y altozanos que antes recorrieron macilentos, y las festivas aldeanas adornan sus abundantes cabelleras con las varias flores de los campos. Hermosos y alegres son los días de la florida primavera, lo mismo al levantarse el sol del cán-

dido lecho de nácar, que al sentarse sobre su trono de topacios, que al hundirse en su sepulcro de escarlata. Cuando corren tan hermosos días parece imposible que han de llegar los nebulosos del invierno, como parece imposible al despuntar la juventud que ha de acercarse la vejez; y sin embargo, llegan los nebulosos días de invierno, y la vejez se acerca; pero la primavera vuelve, y no vuelve la juventud. De estas premisas pueden sacarse conclusiones bastante tristes, pero también puede sacarse una provechosa enseñanza. Puede sacarse la enseñanza de que si la primavera puede prodigar impunemente sus flores, porque han de reproducirse en mayor número y más gallardas en la primavera inmediata, el hombre no debe malgastar su tesoro de hermosas ilusiones, pues las ilusiones no se reproducen, porque no vuelve la juventud.

Esta conclusión saco yo de lo que tú sacarias sin duda una conclusión desgarradora; y no debes contradecirme, acusándola de falsa, porque, si puede caerse en error mirando el mundo por un prisma color de rosa, no se cae menos en error mirándolo por un prisma demasiado negro, que preste á todos los objetos las sombras tintas que en sí tiene. En estas tres últimas cartas hemos sostenido una polémica demasiado seria, demasiado abstracta, demasiado árida y filosófica; me has llevado á ella por la mano y la he seguido á mi pesar; ahora reconozco mi error, y como te he dejado tiempo para que retrates á la sociedad tal cual la comprendes, para que te retrates á ti mismo, y aquí es conveniente observar que es *Leon el pintor*, renuncio á secundar tu intento, y voy á contarte una historia, una leyenda, ó un apólogo, como mas te plazca llamarlo. ¿Qué te parece mi propósito? ¿Juzgas temerario que yo quiera compartir los laureles de Mariana, Zorrilla ó Iriarte? No te alarmes, y no me acuses de desmesurada presunción. Mi historia, si es historia; mi leyenda, si es leyenda; mi apólogo, si es apólogo, se distinguirá por su estremada sencillez, como se distingue el jazmín por la sencillez de sus pétalos, como se distingue la paloma por la dulzura de su indole, como se distingue la luna por lo apacible de su luz. Mi historia no ha de tener nada que ver con esos capitanes famosos que cambiaron la faz del mundo, como Alejandro, César, Carlos V. y Napoleon. Mi leyenda no ha de referir el paso honroso del enamorado Suerro de Quiñones, ni los altos hechos de guerra de Pulgar, *el de las hazanas*. Mi apólogo no ha de presentar grandes pasiones ni de corregir grandes vicios. Mi historia, mi leyenda ó mi apólogo, tiene un título tan inocente, que no deja duda á lo que puede y debe ser; que no hace esperar grandes sucesos ni temer horribles catástrofes; se titula sencillamente *La mariposa y las flores*.

La mariposa, ese pequeño insecto que casi parece una flor por lo gajo de sus colores, porque sus alas pueden confundirse con las hojas de una rosa de mayo, porque es amiga de las flores! Las flores, hijas predilectas del sol, la brisa y el rocío, que apenas arraigan en la tierra, porque quieren vivir, como la mariposa, en el aire; que dan á la brisa sus perfumes en cambio de sus dulces besos, que templan el fuego del sol con la frescura del rocío, formando un vapor tibio y aromático! Las flores y la mariposa, hermanas que viven unidas, que se acarician y confunden! ¿Qué pueden darme que no sea puro, cándido é inocente? Pureza, candidez é inocencia debe respirar mi relato, y no seré yo quien se las dé, las tomará de la mariposa y las flores. Mas ahora me asalta un temor, me ocurre una duda. Un relato sencillo, cándido, inocente, ¿podrá cautivar tu atención? ¿tendrás paciencia para ocuparte de las flores y la mariposa, tú que en tu febril inquietud pides sus alas al águila real para volar de polo á polo, pareciéndote torpes las alas de tu candente fantasía? ¿Leerás lo que pienso escribirte, tú que pretendes sondear los mas intrincados abismos del mundo moral, y fijar carrera al pensamiento, como el Hacedor á los planetas? ¿Te contentarás con un muñeco de cartón, tú que quieres llegar á las entrañas de las rocas con tu penetrante mirada, para ver cómo se forman los diamantes, ó lo que es mas, quieres ver cómo se forman los pensamientos en el cerebro, para convencerte de que no te engañan las palabras? Repito otra vez que mucho temo no poder fijar tu atención el tiempo necesario, mucho temo que arrojes mi carta en el momento de leer su epígrafe, mucho temo que si la lees, lo hagas con manifiesta prevención; pero, si llegas hasta aquí, recuerda que bajo las formas mas sencillas puede darse útil enseñanza; que un manto de pura vida y belleza á un esqueleto, y que bajo un simple velo de lino puede estar oculta una obra maestra de Praxiteles ó una belleza del Cáucaso. Voy á empezar mi narración.

«En el centro de una llanura nació y creció una pintada mariposa; con sus leves alas no podía cruzar de un vuelo toda la extensión de aquel campo; y lo que para un águila hubiera sido un leve punto en el espacio, era para la mariposa un interminable desierto. Huyendo siempre de los tomillos y los cardos, que desgarraban su ropaje, trabó amistad con una amapola silvestre, flor que puede muy bien llamarse la mariposa de las flores. Esta amistad, ó este amor, posiblemente hubiera durado mucho tiempo, pero la vida de la amapola fué muy breve, y la mariposa ó no sabía que debía renacer la flor á la siguiente primavera, ó no tuvo paciencia bastante para esperar su renacimiento, lo cierto es que abandonó temerariamente el santuario de sus primeras afecciones, y empezó á cruzar la llanura en una dirección marcada, como si hubiera formado empeño en tocar muy pronto su lince. La constancia todo lo vence, y la mariposa consiguió llegar á un valle muy frondoso sembrado por árboles gigantes, tapizado de florido césped y cruzado de claros arroyuelos que se arrastraban jugueteones. La mariposa, que había vivido en la aridez de la llanura, experimentó una viva impresión de placer al revolotear en una atmósfera húmeda y perfumada, al retratarse en el cristal de los arroyos, al gozar la apacible sombra de los árboles, y sobre todo, al posarse sobre las mil menudas flores que esmaltaban el verde césped. Feliz fué los primeros días, pero, muy descontentadiza ó naturalmente veleidosa, consideró demasiado impropio trabajo el tener que subir hasta la cima de los árboles para tomar cómodamente los rayos del sol, y le pareció muy despreciable y muy humilde la pequeña flor que pisaba con su ruda planta el campesino y servía de pasto al cordero. Su vanidad la reveló que debían existir otras flores mas hermosas, mas cultivadas y destinadas para otros usos; y como la vanidad suele prestar alas, la mariposa agitó las suyas, hasta que se vió en un huerto cercado, sobre una mata de alhelies.

Es imposible describir el contento de la mariposa: veía en

aquella flor, cuyo suave aroma respiraba sin embriagarse, un trono, y en su vanidad satisfecha se proclamaba reina y señora del pensil. La mata de alhelies reunía todas las ventajas imaginables: era esbelta como las palmeras del desierto, y desde su florida copa, sin tener que hacer ningun esfuerzo para escalarla, disfrutaba la mariposa los primeros rayos del sol. Dicen que las águilas clavan miradas rencorosas en los picos de las montañas que estan mas altos que su vuelo, y no será extraño que las mariposas tengan envidia de los árboles cuyas cimas solo pueden tocar escalandolas rama por rama; quizás por esto únicamente sintió un placer tan extraordinario la mariposa al parar su vuelo sobre la rama de alhelies. Pero este placer, como todos los grandes placeres de la vida, debía ser efímero y dejar una honda huella de dolor. Empezaba á declinar la tarde: una aldeana, que acababa de arreglarse su abundante cabellera rubia bajo un emparrado, comprendió que la hermosearian algunas flores, y tuvo el capricho de cortar el ramo de alhelies que era el encanto de la mariposa. El pobre insecto, desposeido de su dominio, empezó á revolotear en torno á las flores cortadas; pero la aldeana se empeñó en cogerla, y tuvo que huir apresurada para no quedar prisionera en poder de su encarnizada enemiga. Mucho mas sintió la mariposa separarse del ramo de alhelies que había acariciado un momento, que la muerte de la amapola silvestre, inseparable compañera de su solitaria juventud. Esto se comprendería difícilmente sino se recordara que el ramo de alhelies había halagado la vanidad de la mariposa, en tanto que la amapola silvestre solo había interesado su corazón, y es sabido que se prefiere siempre al cariño la satisfacción de una ampulosa vanidad. La aldeana tiró al acostarse las flores para no volver á pensar en ellas, y la mariposa recogida sobre un pámpano del parral, que había escogido como refugio contra las persecuciones de la aldeana, no se olvidaba del ramo de alhelies, que le había servido de trono.

Apenas empezó la aurora á nacar los horizontes, abandonó la mariposa el fresco húmedo pámpano que le había servido de lecho, y girando en todas direcciones cruzó veinte veces el huerto buscando una flor en que posarse. Encontró al paso varios ramos de nacarados alhelies; pero la memoria del que había perdido el día antes, y el temor quizás de verse espuesta á nuevas pérdidas y mas crudas persecuciones, la hicieron huir de ellos, prefiriendo ocupar la corola de una frondosa clavellina. Un día enteró se pasó en ella, sin que nadie viniera á turbar su pacífica posesión; pero á la alborada siguiente volvió á echar menos el pintado ramo de alhelies, calculando que la clavellina debía ser flor de poco mérito, cuando no se adornaba con ella la aldeana dueña del huerto. Fija en esta idea, ambicionó flores mas hermosas que las clavellinas y alhelies; y como no falta á la ambición don de segunda vista, adivinó la existencia de los jardines, con sus templados invernáculos y sus diversas clases de flores. Sin hacer ni una sola caricia á la frondosa clavellina, que había sido su amada de un día, y hasta alegrándose de no percibir su desagradable perfume, salvó la cerca del huertecillo y siguió con su ondulante vuelo la verde falda de una colina, sin tocar ni una sola vez las menudas flores del césped, que tanto llamaron su atención cuando se presentó en el valle. Muy fatigada se sentía cuando llegó á la entrada de un parque, cuyos árboles seculares le presentaron un inmenso mar de verdura que no era fácil recorrer. Sarcándolo la cogió la noche, y tuvo que pasarla en un olmo, perdida entre los millones de hojas que servían de túnica á aquel esqueleto gigante. La pobre mariposa, que apenas abultaba como una hoja, se sentía humillada entre aquel espeso follaje; y acordándose en su transitoria desgracia de lo pasado, echaba menos no solo al ramo de alhelies y la clavellina, sino hasta el modesto pámpano que en la noche de su mayor dolor le dió desinteresado hospitalidad. Pasó esta noche como pasan todas las noches, todos los días, todos los años de la vida, y al despuntar el primer rayo del nuevo día siguió bogando la mariposa hasta tocar las doradas verjas de un jardín.

El caminante que ha recorrido una gran parte del desierto sediento y cansado, sin encontrar agua ni sombra, y ve de repente un oasis, no experimenta una sensación de placer tan viva como la que experimentó la mariposa al detener su vuelo sobre la verja del jardín. Todos sus sueños de ambición no solamente quedaban realizados, sino que la realidad sobrepujaba á los mas exigentes deseos, y el efecto de la sorpresa era una especie de estupor que embargaba todo movimiento y reflexion. Al principio cerró los ojos el insecto, como si quisiera de este modo alejar el vértigo que la entumecía, y después fué tendiendo pausadamente sus miradas por aquellos cuadros de colores, tan pintorescos y variados, que formaban las azucenas, los claveles, las rosas, los tulipanes, las dalias de los mas delicados matices y las camelias inodoras. Desde los cuadros se dirigía á los preciosos cenadores, formados de blancos jazmines y rosales zarzas con flores de color de rosa, y no cesaba de contemplar los naranjos y limoneros, cargados de dorados frutos, y otros frutales que exhalaban no menos fragantes perfumes. Indecisa estuvo largo tiempo la mariposa, deseando y temiendo elegir una querida entre todas aquellas flores, entre todas aquellas frutas. Por tener asiento mas alto, ó porque era una completa novedad, se posó sobre una naranja, la de mas tamaño y mas brillante que descubrió en torno. Muy ufana estaba de su buena eleccion, cuando se desprendió una hoja de la rama superior, y cayendo sobre la mariposa, estuvo á punto de matarla. Tan asustada como aturdida huyó del funesto naranjo, y fué á posarse sobre una rosa; pero apenas la tocó cuando sintió desgarradas sus alas por las espinas de los tallos, como se las habían desgarrado antes los tomillos de la llanura. De nuevo amedrentada y herida huyó del rosal y se posó en el cáliz de una azucena. La suavidad de aquellas hojas aterciopeladas la tranquilizaron completamente; pero al poco tiempo notó que la embriagaba un aroma tan penetrante. Casi desvanecida huyó del cáliz que la había entusiasmado un momento, y se dejó caer casualmente sobre un pradillo de violetas. Mucho tiempo hubiera podido vivir tranquila entre estas flores de tan modestas apariencias como delicado perfume; pero apenas conoció que había pasado su mareo, cuando remontó su vuelo hasta la corola de una hermosísima camelia.

Asentada en tan hermoso trono, sin hojas que pusieran en grave peligro su vida, sin espinas que desgarraran sus gajas alas, y sin perfumes que pudieran producirla nueva embria-

guez, creyó la mariposa que se había desposado para siempre con la mas hermosa y mas inocente flor del mundo. Este desposorio halagaba completamente su vanidad y calmaba la agitación que habían producido en su espíritu todas sus pasadas desgracias, de modo que la mariposa casi no tenía que desear. En su felicidad presente la juzgaba imperecedera; pero se engañaba lastimosamente, como se engañan todos los hombres, porque estos y las mariposas juzgan siempre por apariencias, sin detenerse á ver en el fondo la verdad. Una oruga había tomado posesion de la camelia mucho antes que pensara en ella la mariposa, y la corroía las entrañas; la oruga terminó su obra, y la camelia vino á tierra, arrastrando en su caída á la mariposa, que la había hecho el trono de su vanidad y el ara sagrada de su amor. No queriendo remontarse tanto, por temor de una nueva caída, se posó la ascendida mariposa sobre un clavel, que con otros muchos poblaba uno de los cuadros del jardín; pero estaba escrito sin duda que la mariposa no había de parar en ninguno lado, porque momentos después empezó una menuda lluvia, y como el tallo del clavel no tiene hojas que puedan dar abrigo ni á una mariposa, tuvo esta que acogerse á un emparrado, y encontró por segunda vez en un pámpano el amparo que tanto necesitaba. La mariposa no tuvo la bastante prudencia para renunciar completamente á sus ambiciones y galanteos; pero estaba bastante escarmentada para emprenderlos con la misma ciega confianza que había demostrado hasta entonces, y vacilaba continuamente entre su deseo y su temor. En vez de posarse en el seno de las flores que mas llamaban su atención, se pasaba horas y mas horas revoloteando en torno de ellas; hasta que tenía que retirarse, porque otra mariposa mas decidida ó alguna descarada avispa se aprovechaba de sus dudas y tomaba entera posesion.

Estos alict vos encuentros, estos frecuentes desengaños, mas bien hijos de la inconstancia y la vacilacion de la mariposa que de la perfidia de las flores, fueron amargando la vida de la mariposa, y acabó por disgustarse completamente de la confusa variedad del jardín, echando menos al mismo tiempo la monótona tranquilidad de la llanura en donde había nacido y se había criado, en compañía de la pobre amapola silvestre. El recuerdo de aquella amiga de la infancia que había visto morir, pero que hubiera podido ver renacer, vino á atormentarla como un atroz remordimiento; y aunque le costaba mucho trabajo renunciar á la vida disipada y brillante que había hecho durante tanto tiempo, por mas que hubiese encontrado en ella mas sinsabores que placeres, decidió abandonar para siempre el jardín y dirigirse á la llanura, para derramar algunas lágrimas sobre la tumba de su amiga. Tomada esta resolucion, cruzó de nuevo el parque, cuyo follaje, de verde se había tornado en amarillo; rodeó la colina, cuyo césped no tenía flores ni verdura; y llegó al huerto, en donde encontró ni un solo ramo de alhelies. Pasó la noche en el mismo pámpano que la protegió contra la persecucion de la aldeana, y al despuntar la nueva aurora siguió su camino hacia la anhelada llanura. Tampoco vió al cruzar el valle el florido césped y los frondosos árboles que fueron sus primeras delicias, y entró en la llanura sin que la espantase su aridez. Con religioso afán buscó el paraje en que había crecido la amapola, y aunque lo encontró completamente desierto, juró acabar en él su existencia. Pasó el invierno la mariposa guareciéndose de un tomillo cuando la tempestad bramaba, y los primeros días de la primavera vió brotar un tallo en el mismo sitio que había ocupado su amiga de la infancia, y poco después acarició á una amapola tan lozana como la que había amado en la niñez. La vida de las mariposas no es mucho mas larga que la de las flores, y la mariposa murió cuando la segunda amapola tendia con mas brio sus ligeros pétalos de grana. La amapola se reprodujo muchas veces, y fué constantemente adorno de la humilde tumba de su amiga.»

Tú me has regalado un retrato, y yo te he dado en cambio la fiel aunque desaliñada historia de *La mariposa y las flores*. No sé si habrás tenido paciencia para leerla desde su principio hasta su fin; pero si puedo asegurarte que la he escrito con el único y piadoso objeto de colocarla al pie del retrato que has tenido á bien regalarme. No sé, como te advertí en un principio, si he escrito una historia, una leyenda ó un apólogo; pero me importa poco el sobrenombre con tal que puedas sacar de ello alguna provechosa enseñanza. Mucha pretension es la mia, pues me propongo nada menos que enseñar á quien está persuadido de que sabe demasiado para la felicidad de su vida; renunciaré pues á enseñarte, y me contentaré con desvanecer de vez en cuando algunos errores que ofuscan la clara luz de tu razon. ¿Quién no se equivoca en su vida? ¿Quién no toma mas de una vez las apariencias por realidad, y la realidad por apariencias? ¿Quién no peca en varias ocasiones por generalizar demasiado, y quien no incurre alguna vez en el defecto de querer personalizarlo todo, de querer hacer una humanidad, como Dios hizo al hombre, á su imagen y semejanza? Has tenido muy buen cuidado de decirme que me habías ofrecido un retrato, y que bastaba por lo tanto que estuviera parecido. Creo que habrás cumplido tu palabra, y no tengo que reprocharte; pero si quiero hacerte una importante observacion, ya que la das de retratista. No dudo que habrás dibujado la figura con la mayor exactitud; pero necesariamente le habrás puesto los colores que están preparados en tu paleta. Conviendré tambien en que estos colores la estan á las mil maravillas; pero sucederá lo mismo cuando los apliques á otros dibujos? La pregunta es seria: reflexiona.

UN ÁNGEL.

Sustitucion del hierro á la madera para la construccion.

La madera es indudablemente la materia que mas aplicacion tiene para la construccion, ya de edificios, como de artefactos y muebles de uso comun y doméstico: mas como los montes y plantios van desapareciendo de las inmediaciones de las grandes poblaciones, cuando debia ser lo contrario, y los pinos, como madera mas cómoda y de mayores ventajas para las obras, se encuentran á una distancia tan larga de los puntos donde existen los talleres, como sucede en esta capital, escasea aquella en términos que es preciso sustituirla



Solaz.

con otra que ofrezca iguales ó mayores ventajas, ya para los artistas como para los consumidores.

La falta de caminos vecinales practicables para conducir las maderas desde lo interior de los montes á las carreteras generales que se comunican con las capitales de provincia, y la mucha distancia á que se encuentran hoy las maderas de construcción, originan gran costo para su conducción ó transporte, y hé aquí la causa del precio excesivo á que se están vendiendo por los almacenistas; de donde resulta, como consecuencia inmediata, que los muebles tengan que estar caros, aunque los artífices procuren arreglar sus jornales para poderlo despachar con prontitud y equidad. Pero el consumo, con muy poca alteración, según el movimiento de la población consumidora, tiene que ser el mismo, y á medida que escasean y encarecen los muebles de madera, van adoptando

los consumidores otros que ofrecen iguales ó mayores ventajas en el precio económico ó en su solidez y duración.

En efecto: la materia que desde luego ofrece las mejores ventajas para la construcción, conciliando la economía con su solidez, es sin duda alguna el hierro; y como afortunadamente en esta capital hay fábricas de fundición y buenos artífices establecidos en la misma, pueden á no dudarlo proporcionar y suministrar con abundancia, y que artistas y consumidores se convengan de la utilidad y conveniencia de sustituir el hierro á la madera en alguna clase de construcción.

Al hierro se le puede dar todas las formas necesarias para que las obras obtengan la mayor perfección, gusto, belleza y elegancia: tiene la inapreciable ventaja de resistir en los primeros momentos al incendio; los barnices evitan en los muebles las chinches y otros vichos de su clase: el hierro ocupa menos espacio, á la par que con menores dimensiones que la madera, tiene mas resistencia y duración; y en suma, aunque los efectos ó muebles de su elaboración cuesten un po-

co mas caros, el exceso está compensado con las ventajas anteriores, con otras infinitas que pudieran esponderse, y sobre todo con la última circunstancia, que equivale y reasume á todas, que es la solidez y duración.

¿Cuántas ventajas de economía y solidez no se han conseguido en la construcción, desde que se usa del hierro con preferencia á la madera? En los puentes colgantes de hierro que se construyen ahora con preferencia á los de fábrica, han resultado grandes economías de tiempo y dinero, pues no ha sido ni es necesario trasportar las grandes piezas de enmaderación cuyo acomodamiento es difícil, por no poderse reducir las dimensiones marcadas por los cálculos; y mientras se conseguía el acopio necesario para los grandes andamios ó cimbras de las bóvedas, pasaba tanto tiempo como se necesita para la construcción de un colgante. Pero en donde debe

producir mejores resultados la aplicación del hierro á la construcción, es en los edificios de las grandes poblaciones, donde en poco terreno hay que construir viviendas cómodas, aprovechándole por medio de un sistema de trabajos que asegure la solidez de las obras de fábrica en la circunvalación y tabiques de subdivisión mas necesarios en el interior, dejando el mayor espacio posible en el recinto, á fin de que aplicando el hierro para distribución de las piezas, sean estas mas anchas y proporcionen mas desahogo, ya para la ventilación y luces, como para poderlas habitar con alguna comodidad.

Los muebles fijos de uso doméstico que no sean muy voluminosos, es preferible que sean de hierro. La rigurosa moda en el día consiste en que todo el menaje y adorno de las habitaciones sean de materias doradas, volviendo á los tiempos antiguos, que lo mas elegante y suntuoso era que todos los trastos imitaran al oro, como el metal mas hermoso, mas brillante y de mayor precio; pero entonces no habia tanta abundancia como ahora de hierro, no se sabia aun darle tan bellas formas como en la actualidad, ni tampoco trabajarlo con tanta perfección y esmero, trasformándolo en diferentes colores que imitan á cualquiera otro metal.

Los empalmes en las obras de hierro, como en lo general se sujetan por medio de tornillos, son mas durables y sólidos por su naturaleza, pues no se desgastan tanto con el rozamiento y con la presión como la madera; además este medio de enlazar las piezas contribuye á que cualquiera mueble, por grande que sea, pueda ser trasportado con facilidad á todas partes, y subdividirlo ó reducirlo á trozos manuales y de un pequeño volumen.



Querella.

Las obras de hierro bien rematadas en sus aristas y ángulos, ya sean barnizadas ó pulimentadas, conservan mejor y mas tiempo la limpieza y el brillo de sus paramentos, circunstancia recomendable que economiza mucho trabajo en su conservación y aseo.

Hay además otros trastos que en las casas están siempre en movimiento continuo, y es necesario por esta razón que sean manuales y de alguna ligereza, como son las sillas, mesas y camas de criados, con otros de la misma naturaleza, los cuales aunque sean de hierro ofrecen las mismas ventajas que si fueran de madera, como se ha visto por la experiencia, pues todo consiste en disminuir su peso y volumen, lo que se consigue como hemos dicho con dimensiones mas pequeñas, que presentan mayor resistencia y solidez que las que pueden darse á los de maderas.

M. DE S.



Travesura.



Escarmiento.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 28.